

Organizaciones *de personalidad**

Edgardo H. Rolla

“Ninguna cosa se forma sin causa, porque todo procede de una causa determinada y según necesidad.”

(Antiguo principio de Leucipo)

Hay una etapa en la conformación y configuración del conocimiento en que se agrupan y relacionan notaciones resultantes de observaciones sobre sucesos, fenómenos o caracteres junto con las representaciones mentales que ellos nos evocan, para retenerlos sumariados en una denominación analógica. Por ejemplo la denominación etapa anal no requiere únicamente la presencia de un amo. Es una denominación analógica pues resume una serie de características correspondientes a determinado tipo de conducta que prevalece en cierto momento del desarrollo evolutivo o que se repite a cualquier altura de la existencia de un sujeto. Luego podemos investir esas denominaciones con caracteres de definición permanente o después de la dialéctica teorización-praxis reformar tal denominación y su contenido definitorio para cambiarlo o extenderlo. Una palabra o un conjunto de palabras puede tener un valor semántico definitivo y universal, o una adjudicación semántica susceptible de ser aceptada por validación consensual —lo que le da carácter analógico— y presupone la posibilidad de reformulaciones.

* Escrito especialmente para la Revista Uruguaya de Psicoanálisis

Con esta idea introductoria voy a referirme a la relación que existe entre psiquiatría y psicoanálisis. Haré abstracción de lo señalado por Freud de que no son los contenidos mismos de las ciencias los que crean dificultades sino aquellos que las manipulan e instrumentan: en este caso los psiquiatras y los psicoanalistas. En cuanto ramas de la ciencia es incuestionable que ambas se complementan y que la utilización mutua de sus conceptos o expresiones se presenta como inevitable. Innegablemente se ha producido un enriquecimiento recíproco como quería Ernest Jones, conceptuando la psiquiatría como un enlace entre el psicoanálisis y la medicina para construir una verdadera psiquiatría científica. Hemos de considerar aquí que la psiquiatría misma hubo de luchar para ser admitida dentro de las ciencias que tratan de beneficiar al hombre en el logro de su bienestar psicológico.

Freud, Jones y otros escribieron acerca de esta relación. En 1929, Jones pronunció una conferencia en la Universidad de Columbia en Nueva York, donde expuso el extraordinario aporte que el psicoanálisis hacía a la psiquiatría convencional, al dar un significado a los síntomas y a la conducta de un sujeto que se aparta de lo común del comportamiento de su ambiente social y es por ello considerado "enfermo". Este significado es la psicopatología de los fenómenos mórbidos que se observan en tales sujetos enfermos mostrando las diferencias entre el funcionamiento mental de ellos y lo que señala la psicología corriente sobre los fenómenos o procesos mentales que ocurren en los individuos "normales".

Surge de por sí, que el psicoanálisis tomaba de la psiquiatría esos fenómenos para estudiarlos en profundidad y construir la psicopatología. Ningún psicoanalista ha podido eludir el uso de términos como histeria, obsesiones, esquizofrenia, melancolía, etcétera. A pesar de que ha introducido términos nuevos respecto a lo funcional-dinámico, ofreciendo al psiquiatra un nuevo léxico para la explicitación; así como también guías derivadas de esa formación de la psicopatología para la disposición de un método terapéutico cual es la psicoterapia y la utilización de signos y síntomas para la valuación del proceso psicopatológico.

Muchos psiquiatras insisten con un rechazo terminante de la teórica psicoanalítica y, por otro lado, numerosos psicoanalistas se oponen a cualquier intento metodológico que emplee una clasificación o agrupaciones para

sumariar las características, o indicar grados de descompensación de las funciones mentales o grados de reorganización, bajo el apercibimiento de que eso es apartarse del psicoanálisis y convertirse en un psiquiatra. A veces con la salvedad bondadosa de que quien así procede es sólo un psiquiatra “dinámico”.

En todo desarrollo humano la interferencia se produce desde el ángulo de lo afectivo. Llámese ideología, creencia o de cualquier otra manera, lo importante es que las ideas son defendidas hasta que los hechos convalidan los supuestos con la firmeza que presta la pasión. Que siempre oscila entre el empleo de la razón o de la fuerza.

En 1948, Pichon Riviere, en el curso “Introducción a una psiquiatría psicoanalítica” presentó en forma sucinta una teoría especial de la neurosis y la psicosis. Desarrolla el esquema de Freud, y advierte que algunos de sus discípulos hicieron serias objeciones, y muestra que las formas clínicas podrían agruparse de la siguiente manera:

- 1) neurosis actuales o *actual neurosis*, de causa biológica, tóxica;
- 2) neurosis de transferencia, que comprenden: histeria de conversión, histeria de la angustia o fobias y neurosis obsesiva;
- 3) neurosis o enfermedades narcisísticas o psicosis, que comprenden: la esquizofrenia, la paranoia, la psicosis maníaco-depresiva;
- 4) las perversiones, homosexualidad, sadismo, masoquismo, necrofilia, pautofilia, etcétera.

Recuerda además que Fenichel haciendo una mejor ordenación de los tipos clínicos, reformuló esa clasificación, de la siguiente manera:

- 1) histeria de conversión y de angustia;
- 2) enfermedades histeriformes: hipocondría, neurosis de angustia, neurastenias, patoneurosis, organoneurosis, inhibiciones, neurosis traumática;
- 3) neurosis obsesiva;
- 4) neurosis de conversión pregenital (tics, enuresis);
- 5) perversiones sexuales;
- 6) neurosis relacionada con las perversiones: masturbación compulsiva, ninfomanía, satiriasis y los impulsos (alcoholismo, toxicomanía);
- 7) las esquizofrenias;
- 8) psicosis maníaco-depresiva;

9) trastornos del carácter: neurosis asintomáticas, personalidades psicopáticas.

Luego hace una exposición detallada, excelente, de esas formas clínicas tal como eran clasificadas e instrumentadas para esa época.

Recordó que en la etiología de los trastornos psíquicos Freud no admite ni aun para los más leves como las neurosis, un origen puramente psicógeno, sino que busca sus motivaciones en la influencia que sufre la vida anímica por un elemento indudablemente orgánico.

Señalando lo que es la investigación psicoanalítica desde el punto de vista del síntoma, él remarcó que el síntoma tiene una estructura determinada, un sentido, una finalidad y una causa.

De allí resultó que la psiquiatría es una ciencia esencialmente descriptiva y clasificadora, de orientación más somática que psicológica y carente de posibilidades de explicación de los fenómenos observados. El psicoanálisis, sin contraponerse, como cree la mayoría de los psiquiatras y tocando la psicología de los procesos anímicos sustraídos a la conciencia, procuraba para la psiquiatría una subestructura imprescindible y así ayudarla a superar sus limitaciones. Repetía aquello de que el porvenir creará una psiquiatría científica.

Luego en 1946, en su artículo “Contribución a la teoría psicoanalítica de la esquizofrenia”, ya vemos que su exposición presenta como contenido abstracto, una acertadísima conjugación de lo psiquiátrico y lo psicoanalítico. La pérdida o ruptura con la realidad se expresa por la vivencia del fin del mundo, caracterizada en los casos de evolución lenta por la despersonalización. La introversión y el autismo son las consecuencias del proceso de pérdida de contacto con la realidad, teniendo la introversión un carácter reversible mientras que en el autismo esta actitud queda fijada. También está la pérdida del sentimiento del yo que se expresa en forma de extrañamiento del cuerpo y del yo, derivado de la represión de determinadas representaciones junto con sus componentes instintivos. La represión de una parte del yo da lugar a puntos ciegos —escotomas del yo— que podemos denominar alucinaciones negativas, en favor de las cuales los enfermos proyectan sus vivencias desagradables e intentan recuperar sus relaciones con la realidad.

En cuanto a la patogénesis y dinamismos, el énfasis está puesto sobre que la represión opera sobre los instintos, el yo y la realidad —a lo cual Garma denominó unidad de placer—. Hay consideraciones sobre el retorno de la libido que es “homosexual y destructiva”, por cuanto el proceso psicótico tiene por

finalidad negar la perversión. Además el proceso psicótico se inicia siempre con una situación melancólica y con un trabajo de duelo tendiente a superarla, pero puede estructurarse una depresión que se supera si interviene un mecanismo maníaco. O sea, nuevamente la cooperación de los conceptos psiquiátricos y de los conceptos psicoanalíticos.

Por último formula consideraciones sobre los tratamientos llamados biológicos y el tratamiento psicoanalítico de la esquizofrenia que al diferir del tratamiento psicoanalítico de las neurosis modifica la conducta psicoanalítica frente al enfermo desde el punto de vista de su dinámica, ya que en ambos casos la situación gira alrededor de las manifestaciones ligadas a la transferencia y a la resistencia.

Nada hay dicho, sin embargo, sobre otros puntales señeros de la teoría psicoanalítica, cuales son los que se refieren a la situación triangular o complejo de Edipo, ni a las posibilidades de transformación del proceso secundario en proceso primario, que es efectivamente el significado de lo que denominamos regresión.

En 1967¹³ la exposición ha cambiado totalmente y salvo la conservación de denominaciones de neurosis o psicosis, la crítica es neta hacia el psiquiatra convencional quien asume el papel de condicionante de la evolución del paciente y “entra en el juego del grupo familiar que intenta segregar al enfermo por ser el portavoz de la ansiedad grupal”. En otras palabras, el psiquiatra se transforma en el líder de la resistencia al cambio a nivel comunitario y trata al paciente como un sujeto “equivocado” desde el punto de vista racional.

Por otro lado, Pichon nos dice que la dificultad en integrar los momentos de fragmentación e integración del vínculo (epistemología convergente) está dada por la presencia ineludible en el campo del aprendizaje del obstáculo epistemológico. Y que este obstáculo en la situación triangular —que es la que debe modificarse en su construcción primitiva— está dado por el tercero. Esta perturbación se produce en la transformación de la espiral dialéctica del aprendizaje de la *realidad* en un círculo cerrado o estereotipado y éste actúa como estructura patógena. Por lo tanto, si el tercero es el perturbador de todo el contexto y su presencia se da a nivel del vínculo y del diálogo, Pichon propone sustituir la denominación freudiana de relación de objeto por la de vínculo y tomarlo como el punto central de la salud y de la enfermedad mental el vínculo en sí y su estructuración. La salud mental consistiría en cómo se

realiza un aprendizaje de la realidad a través del enfrentamiento, manejo y solución integradora de los conflictos; contando en lugar de privilegio la adaptación activa a la realidad.

En efecto una de las contribuciones más importantes que hizo Freud fue la de relacionar la estructura de la *motivación* con *los fenómenos presentes*; el “aquí y ahora”, y entonces la tendencia a establecer con “el tiempo” la historia general del sujeto. Sería el “sentido del síntoma”. Pichon prosigue con una descriptiva acerca de cómo lo implícito, lo explícito —relacionado con el esquema de los filósofos economistas y sociólogos, en cuanto a lo económico-social, la superestructura, la infraestructura y la necesidad— y las variables de las experiencias evolutivas de un sujeto producen las perturbaciones de la organización de la motivación y, por lo tanto, también las perturbaciones de la instrumentación de los vínculos. Aunque luego pasa a utilizar el esquema de referencia de M. Klein y Fairbairn y nos deja con la insatisfacción de ver definitivamente expresadas todas las integraciones de conocimientos propios que logró a lo largo de su extensa experiencia. Tal vez por lo que he expuesto a comienzos de este trabajo: lo difícil que es, siempre, conciliar en términos de contribuciones mutuas las concepciones psiquiátricas y los profundos aportes psicoanalíticos.

Pienso, con el grado de experiencia logrado por mi hasta este momento, luego de haber trabajado por años con diversas composiciones psicóticas, sus familiares y con dedicación a la psicoterapia psicoanalítica de los mismos y las situaciones que gatillan el emergente clínico, que hay necesidad de delimitar nuestros alcances a través del estudio y agrupación de características que hagan posible alejar los términos enfermedad, enfermo, curación, y algunos otros relacionados con éstos y proponemos simplemente intentar un diagnóstico y luego simplemente psicoanalizar. Con esta idea he construido grupos que engloban a un cierto número de individuos que tienen características similares conformadas como resultado de todo lo evolutivo y de cada “aquí y ahora” que estuviere en relación con los momentos de cambios sustanciales en el desarrollo de un sujeto. Así como también el “aquí y ahora” que suponemos fuera el gatillo desencadenante de una crisis manifestada de diferentes maneras según la organización de la personalidad que cada sujeto tenga. Un individuo dentro de un grupo familiar, o un grupo ambiental, o una unidad social, reacciona de distintas maneras que otros. Parece perogrullesco.

Cada uno en último caso reacciona a su manera y luego de las respuestas a ese suceso desencadenante aparecen distintos grados de organizaciones de las funciones yoicas, primer paso de la “adaptación activa a la realidad” — Freud ni Pichon lo dicen—. El emergente es una *situación clínica* que puede ser clasificada como enfermedad, o nos da el índice para la ubicación de tal o cual sujeto dentro de una categoría tal o cual de organización de personalidad. Así puede decantarse el vasto y abigarrado concepto de la terapia, que nos lleva ser más concisos, a afinar nuestros pronósticos y nuestras esperanzas.

Porque bien se puede hacer una analogía de que una organización de personalidad se asemeja a las impresiones digitales y que por lo tanto un sujeto muestra cómo ha de ser su carácter, después que se ha incorporado el tardío factor de la actividad gonadal, luego de la pubertad y bien avanzada la adolescencia; eso significa que ese individuo funcionará así hasta el final de su vida, con *presentaciones* variables dentro de cada situación de campo. Consecuentemente habrá una organización básica y fundamental que considero *inmutable*, y una presentación que operará en cada situación de campo y que puede ser fija, estereotipada, variable, adecuadamente variable, inadecuadamente variable, con retoma de actitudes pretéritas, con una continua puesta de mira en el futuro, etcétera.

De esta manera, hay ya dos puntos para desarrollar: la agrupación por características predominantes en lo que llamaré “organización básica de la personalidad” y una modalidad que el sujeto emplea en el “aquí y ahora” de cada situación de campo y que puede ser operante o inoperante para resolverle el conflicto que esta situación le plantea. Para esto conservaremos las antiguas denominaciones que conocemos; pero no hay histerias, fobias, paranoias, etcétera, sino que habría *presentaciones fenoménicas* de tipo histérico, paranoide, fóbico, obsesivo-paranoide, obsesivo-compulsivo, etcétera.

Respecto al segundo punto se puede dar una idea con pocas palabras. En cambio, en lo referente a la “organización básica de personalidad” es más compleja la descriptiva, por consiguiente dedicaré más espacio a la misma. He tomado como base para este intento de formar una clasificación de personalidades, la forma en que dadas las series complementarias que actuaron sobre el desarrollo evolutivo de un sujeto, éste logró resolver lo primordialmente perturbador para el ser humano, cual es su *natural dependencia infantil*

que con el progreso de la evolución se hace cada vez más improcedente y de la que el sujeto trata de liberarse para incorporarse genuinamente, con *autonomía*, dentro del concierto humano.

El problema de esa natural dependencia infantil es que es la resultante de complejÍsimas fuerzas afectivas y necesidades que rodean al sujeto desde su concepción. No sé sí podemos hablar de psiquismo fetal o no, pero es indudable que, como he propuesto en otra obra, el individuo humano desde su vida intrauterina ya presenta una organización de personalidad a la cual podemos llamarle “organización prenatal”. Incluye no solamente las características biológicas prácticamente inmutables en su norma y patodesarrollo, en sus necesidades y respuestas al logro o no logro de la gratificación de las mismas —y otros elementos concurrentes de este punto— sino también todo el significado que esa concepción y ese ser en desarrollo tiene para todo un conjunto de seres humanos circunstantes y la serie de elementos ambientales y ecológicos que influirán sobre el individuo en crecimiento. Si es cierto que luego de una de las más violentas situaciones de cambio que el individuo ha de soportar cual es el nacimiento, hay posibilidades crecientes de que cada uno se construya su destino más o menos de acuerdo con sus deseos, durante la época prenatal tal vez las posibilidades sean de un umbral tan bajo (en cuanto a producir “sucesos” de acuerdo con un deseo), que la necesidad lleva a que sólo pueda proseguir la vida o no. La respuesta del feto a las incidencias ambientales son casi directas y no tiene muchas posibilidades de intentar modificar su *milieu* ni casi de emitir señales para que alguien lo modifique por él. El concepto psicoanalítico —que a veces se esgrime con exageración— de que el individuo busca un retorno al seno materno porque eso podría ser el paraíso perdido sólo puede entenderse en el sentido de que el feto sería el paradigma de la indiferencia, superior al más indiferente de los histéricos. Tanto que si vive y nace tendrá que aceptarlo y procurar hacerse dueño de su vida; si no vive y se produce el aborto o un parto prematuro no compatible con la vida, no alcanzó a tener ni el más mínimo preconcepto de lo que es la muerte.

Luego del nacimiento la autonomía comienza a señalar al individuo que se han producido cambios a los cuales tendrá que adaptarse y enfrentar las problemáticas para resolverlas con su participación. Parece un error decirlo así; pero es que la autonomía es la señal de la nueva posición del sujeto —algo

que se le impone—. Así como en su época de feto conservaba o no la vida, luego de nacido —y si ha de conservar la vida— enfrentará la contradicción entre dependencia y autonomía, esta vez con decisiva participación en su desarrollo evolutivo.

De esta forma he concebido que si el yo es una organización de funciones —ya sea resultante del contado del ello con el mundo ambiental o ya sea que emerja contemporáneamente conformado, rudimentario, a la par del ello— lo dialéctico debe ser algo así como la metodología de crecimiento que un sujeto llene desde sus comienzos extrauterinos. La resolución de contradicciones le ha de ubicar en niveles de síntesis que significan todo lo anterior de su vivir transformado en un nuevo sistema operacional.

Este sistema, como nuevo nivel de funcionalidad, le abre perspectivas para la resolución de contradicciones que cada vez serán más complejas a medida que el sujeto avance en su conformación propia y en su relación con el mundo ambiental. A tal punto podríamos decir que *la vida mistan es un proceso dialéctico*. Cuando la síntesis no produce la gratificación de una reorganización operativa, lo que denomino síntesis en frustración, el sujeto debe producir una regresión so pena de estabilizarse en un estereotipo. La regresión permite repetir sistemas de contradicciones y si se aprovecha la experiencia de lo anterior o previo, el nuevo nivel de integración resultará operante. De todos modos hay una situación de cambio y lo que ha de producir la inhibición de ciertas funcionalidades del yo es justamente *el trabajo de duelo por el cambio que el yo tendrá que superar*. Aquí juega la funcionalidad central del yo que está motorizada por las mismas motivaciones instintivas que parten del ello. Debe procurar antes que nada obtener señales de placer. *La función del narcisismo es la que cuida de tal logro*. Junto con esto la *capacidad de síntesis del yo* está dada desde los comienzos, hasta que se organiza positivamente una función sintética. Entonces la tendencia a unir es lo predominante.

La primera antinomia es la que conforman las funciones narcisísticas y las funciones sintéticas. Tal vez como señal de entrada en acción de las funcionalidades del yo (que en la vida fetal poco contaban) y en consideración de que en el ello no hay contradicciones. En los primeros tiempos de vida extrauterina las señales de duelos realizados sobre los cambios, su acción de injuria narcisística y los logros de la función sintética, pueden verse en un *desarrollo evolutivo acompasado, en apariencia sólo fisiológica del niño*. De no

producirse severas interferencias desde los objetos interpersonales circundantes, el niño vive para sí y su proceso evolutivo.

Es obvio que la descripción un tanto esquemática de la línea que estoy exponiendo no excluye todos los otros postulados psicoanalíticos, sean las series complementarias o las vicisitudes de las relaciones con los objetos interpersonales.

Si los cambios son efectivizados como un duelo —que señala el logro de la función sintética— pronto el niño ha de dar señales de la puesta en marcha de otras funciones yojicas y sobre todo de la actividad de elementos senso-perceptuales que se dirigen hacia el mundo interpersonal. Trabajo de duelo que sucede desde el momento que el sujeto trasciende de un mundo quizás paradisiaco en que *se percibe solamente a si mismo* —con sus necesidades gratificaciones y frustraciones sin haber tenido que ejercitar respuestas hacia las vinculaciones interpersonales (que ahora habrá de formar cada vez más consistentemente) ni tampoco para con las dificultades que esto presume frente a las relaciones que tenía anteriormente dicho yo con su mundo intrapersonal.

El crecimiento se va incorporando a la estructuración del yo como más tarde ciertas condiciones psicopatológicas tales como las modalidades histéricas también se asimilan al yo. Pero con la sencillez que significa que la necesidad despierta displacer, la ansiedad como señal de alarma comienza y se expresa de inmediato en forma motriz a través del grito y de los movimientos corporales del niño. Así como también la gratificación que cumpliendo el principio del placer pone al niño en reposo, se expresa sencillamente a través del dormirse y la facilidad con que ejerce sus funciones de excreción, secreción y aprendizaje de la succión y mantenimiento respiratorio.

La cosa se complica cuando se incorpora el mundo interpersonal y ahora la ansiedad ejerce su función no solamente para relacionar al yo con la necesidad, sino también con los reconocimientos de los objetos interpersonales, los esfuerzos para el logro de vinculaciones trascendentes, el mantenimiento o rechazo de las mismas. Sobre todo cuando la necesidad estimulando al narcisismo convierte a éste en funcionalidad trascendente —que podríamos denominar desde los comienzos ambición— y la búsqueda de la vinculación interpersonal sea ejercida con tanta carga instintiva que el yo deba ahora ejercer

su moderación y coordinación a través de la puesta abiertamente en marcha de otras funcionalidades tales como el amor, el odio, la función vincular, la agresión de contracatexia, la atención, y tal vez la más compleja de todas cual es la represión.

Sí es cierto que el niño alucina su vinculación con el pecho —o la madre— como respuesta -a las primeras percepciones de la necesidad (y antes de poner en marcha lo motor), quiere decir que la concepción de alucinaciones — como que son imágenes, fantasías, huellas mnémicas, etcétera— también estará a cargo del yo. Es por lo tanto desde el comienzo una *función creativa* y quizás nos da la pauta de lo que ha de ser la construcción de alucinaciones, tal cual ocurre en ciertas organizaciones de personalidad que luego veremos.

Esta capacidad de construir o crear fantasías, imágenes alucinatorias, y movimientos destinados a transformar las mismas en vinculaciones interpersonales pueden ser también las guías de observación para aceptar que el desarrollo evolutivo se cumple dentro de lo natural. Lo sensorial se sintetiza con lo perceptual, refiriéndonos con lo primero al mundo interpersonal y con lo segundo principalmente al mundo intrapersonal y, luego, a la conjunción de ambos- Se agregan, como parte de todo este conjunto funcional, los elementos motores que dirigirán la atención o des-atención para que lo sensoperceptual se realice; lo cual me permite decir que estos elementos del yo puedan denominarse sensoperceptuales-motores.

En homenaje a esta tentativa de ser sucinto en esta línea, propongo pensar que si todo el desarrollo evolutivo se cumple en una forma tal, con series complementarias convergentes, favorecedoras de la naturalidad del proceso dialéctico del crecimiento, el sujeto conseguirá el *logro fundamental del vivir cual es tener un concepto de sí mismo*, un conocimiento suficiente de sí mismo como para ubicarse en su operatividad en cada momento de su vida y en cada situación de campo que se le presente. Funcionalidades más complejas tales como las de predicción, la adopción de modalidades o presentaciones fenoménicas adecuadas para el logro de superación de un suceso o de las vicisitudes de las situaciones de campo, la posibilidad de utilizar la creatividad para encontrar vías de acceso y solución a las problemáticas, al par que instrumentar elementos para la conservación del sentimiento de identidad, me llevan a que denomine esta organización de personalidad (la que consideramos

normal”), “*organización en forma adulta de la especie*”. Implica realmente que el sujeto ha conseguido la máxima ubicación dentro de la autonomía que puede tener un ser humano; la dependencia es lícita mientras no signifique una simbiosis similar a la primaria o la búsqueda de la misma; de igual modo la tolerancia hacia los intentos de conseguir una simbiosis tipo primaria *con sus objetos* ambientales es llevada a cabo a través de la posibilidad de ayudar en el aprendizaje, de ayudar a pensar.

L a dimensión temporal, que como dice Pichon Riviere, es la que falta cuando el sujeto no puede motivarse adecuadamente, está comprendida en esta forma adulta de la especie en términos de conservación de ciertos elementos del *self*, por la continuidad que significan los hijos, sin entrar en el pigmalionismo o estructuración directiva e intencional de ellos. También la aceptación de la competitividad para el logro de la conservación de la identidad de *self* y, por lo mismo, la réplica adecuada a la competitividad del mundo interpersonal. Es una pérdida de tiempo quejarse y detestar los procedimientos que puedan ser calificados como ilícitos en los otros; ese ahorro de tiempo y esfuerzo estará dedicado a la instrumentación de ajustados procedimientos para el mantenimiento de la identidad del *self* y su ubicación.

Entre ambos extremos como ser la organización postnatal (o aun si queremos extendernos, agregando la prenatal) y la forma adulta de la especie hay una serie de configuraciones caracterológicas que permiten intentar la construcción de una particular tipología de personalidad, tomando en general como eje de orientación, las resultantes de la solución conseguida por el individuo del par dialéctico dependencia-autonomía.

Es obvio la no consideración intencional en esta exposición de todos los elementos que constituyen las sedes complementarias, sean éstas convergentes en favor del desarrollo evolutivo o divergentes perturbadoras; sólo tomaré algunos de los elementos que pueden entrar en una o en otra de estas variables.

En cada uno de los cambios sustanciales que el sujeto ha de afrontar con su correspondiente duelo, hay siempre (aun en los casos de una síntesis en el logro con el respectivo exponente de placer) en los instantes siguientes a la percepción del nuevo nivel de integración funcional, situaciones que pueden ser denominadas confusionales y que responden a ese trabajo de readaptación

activa. Si observamos adultos, siempre en toda situación de cambio de cierta magnitud, sea con pérdida o con ganancias, hay señales de desorganización de las funciones yoicas expresadas por ansiedad confusional. La señal que a mi entender es característica del instante de confusión es lo *hipocondría*. Es lo que motiva al sujeto a retomar estructuraciones previas —regresión— en procura de reafirmación para el enfrentamiento con el nuevo nivel de operancia. Esta búsqueda de experiencias previas puede ser tanto más pretérita en el tiempo cuanto más pobreza exista en el acervo de dichas experiencias. La confusión y la correspondiente hipocondría pueden también expresarse como elementos clínicos, que denominamos extrañamiento, despersonalización, desrealización, o si es más serio el compromiso desorganizante, a situaciones de autismo. Esto va acompañado de una serie de señales de intensificación de la actividad neurovegetativa que a veces da trastornos de irritación o de estimulación que el sujeto narra como una crisis de colapso tipo cataplexia, o de una real crisis epiléptica. El retorno hacia el nuevo nivel de integración funcional conformado suele ser rubricado, en los casos evidentemente clínicos, con una hiperproducción maníaca.

Esos lapsos de confusión significan para el sujeto una ruptura con el mundo interpersonal —lo que denominamos ruptura con la realidad—; pueden ser considerados *episodios de "psicosis confusional"*. Alegóricamente la sumación algebraica de los lapsos confusionales que un sujeto tenga en su vida, más la elaboración de los mismos, puede ser expresada como que el sujeto ha perdido tramos de su vida en relación con el logro de sus vinculaciones interpersonales; además esa sumación algebraica produce distintos resultados de acuerdo con la magnitud que represente.

Porque en cada uno de esos episodios el sujeto se vio necesitado de abandonar su autonomía o gran parte de ella y recurrir a todo lo que ya conoce como utilización de la dependencia de sus objetos interpersonales. El valor de éstos es sobre todo la realimentación que prestan *para la reorganización del mundo interpersonal del sujeto*. La modalidad de los mismos ante tal situación *constituye un* elemento decisivo de las series complementarias en cuanto a que el individuo pueda retornar a su nivel funcional de operancia y procure la prosecución de su desarrollo evolutivo, o se establezca en tal o cual nivel actual o pretérito, constituyendo así una especie de suerte o destino para la psicopatología.

Podemos aceptar que luego de los logros —y sus correspondientes reacciones confusionales— que significan la reptación, la comprobación discriminada de los objetos interpersonales (principalmente de los objetos primarios), la bipedestación, el comando motor para la expresión a través de los fonemas, la socialización de los esfínteres y por fin la percepción de sus necesidades de identificación con sus objetos primarios, debe llegar el momento en que el individuo implemente prácticamente el total de la organización de sus funciones yoicas en la *selección de identificaciones que le permitan actitudes específicas*. En el sentido de que hará identificaciones selectivas o parciales con el objeto “madre” para modular su conducta para el acercamiento considerado más aceptable para con el objeto “padre”; y viceversa, identificaciones selectivas con el objeto “padre” para igual logro con el objeto “madre”.

En la época de estos sucesos el logro de la autonomía queda relegado y la dependencia puede tomar a veces características de lo que fue en los comienzos de la vida extrauterina; es decir, que *anulando* la diferenciación e individuación conseguidas, el sujeto remeda la reinstalación de una simbiosis de tipo primaria.

Puede ser que —siguiendo las postulaciones de Melanie Klein— esta situación se hubiera dado precozmente y con mucha anterioridad a la época de la construcción de pequeñas frases, sin que todavía esto constituyera una “situación triangular” ni aún comenzara la libidinización exagerada de esas tendencias identificativas. El niño puede superar esas necesidades de identificaciones a través de la realimentación narcisística que comportan los logros de la bipedestación, la marcha y otros elementos señalados anteriormente. La llamada posición depresiva no es en realidad la integración del “objeto bueno con el objeto malo”, sentimiento de culpa y tendencias reparatorias, sino que es la *perplejidad* que producirá en el niño la verificación sensorial o sensorio-perceptual-motriz de sus posibilidades de *percibir* la presencia discriminada de más de un objeto interpersonal —lo que le produce diferentes grados de confusión. Seguramente el modelo se repite; en el resto de la vida los instantes de perplejidad, confusión y puesta en marcha de las variables regresionales o de estereotipos, están en relación con que el sujeto, para superar ciertas situaciones de cambio, debe emplear precozmente *el total de sus posibilidades*

de self, sin que le sea posible una selección de las funciones yoicas, o la represión de las tendencias instintivas en forma también selectiva. Si la situación interpersonal constituye un *estímulo de tal* magnitud, como para que el sujeto emplee el total de su self en el enfrentamiento e intento de lograr la solución, se produce paradójicamente la inhibición funcional a tal punto que se pierde la diferenciación, la individuación, la discriminación (incluidas las que corresponden entre el ello y el yo en sus respectivas representaciones mentales). La inhibición y perplejidad del sujeto se hacen clínicas a través de los signos descritos en la confusión.

Describo como vivencia de esa confusión un sentimiento complejo que produce en el individuo la percepción de que *hay* vida, de que no hay muerte o desaparición, *porque no consigue tener sentimientos de existente*. Evidentemente deben constituir pérdidas que van más allá de las pérdidas objetales que comúnmente mencionamos, y que se refieren a pérdidas con respecto al propio self, pérdidas del sentimiento de identidad del self, pérdidas de lo *central de la vida de un ser humano cual es el "sí mismo"*

Si las series complementarias producen al niño, a través de sucesos situacionales, dificultades importantes en la prosecución de la tarea de identificaciones selectivas (para el acercamiento del niño a cada uno y a ambos objetos primarios) tal vez no consiga establecer esas "rutas o derroteros" que al ir de mamá a papá o viceversa cierran finalmente un triángulo que da lugar a nuevas necesidades dentro de la tarea del desarrollo evolutivo. No hace falta que la madre sea definitivamente contradictoria ni que el padre sea "ausente" para que se produzcan tales dificultades. Determinadas situaciones que impacten el conjunto familiar como para que la posición afectiva de los individuos impida la facilitación para esos; esfuerzos de logros del niño, pueden llevarle a que descubra que las identificaciones *con el objeto "madre"* son las que realmente le facilitan el acceso y recibimiento bienvenido por ésta y que lo mismo suceda con el objeto "padre". Por lo tanto, el "derrotero" que cierra el triángulo deja de ser obvio y algo no se da para que tal modelo cambie, el niño se estabilizará en esas modalidades y no culmina con el logro de la conformación triangular: el complejo de Edipo.

Las circunstancias pueden darse de forma que esto se perpetúe por un tiempo tal que cuando se produzca un cambio dentro del total del conjunto familiar el sujeto ya ha estabilizado sus actitudes en esos "logros" incondu-

centes para el desarrollo, con la consecuente dependencia y utilización de los mismos —que esa situación proporcionó— que le signifiquen que nunca procurará el logro de la situación triangular, *la adquisición del complejo de Edipo*. La erotización que habría de suceder al logro de esas identificaciones y el “cierre” del triángulo no se producen y el sujeto queda estabilizado en un tipo de conducta que proseguirá por el resto de su vida, y en donde la posibilidad de gratificar su dependencia será la de *ser como mamá o igual a ella* o alternativamente *ser como papá o igual a él*. Esto debe ser lo que Pichon Riviere denomina “bivalencia”.

Me resulta de pronto comprensible y útil la denominación de “esquizofrenia” dada por Bleuler, con el significado de mente hendida, correspondiente a una organización del sujeto en donde hay profunda escisión del yo en cuanto a lo que son las funciones de identificación y selección y la utilización de las mismas. El sujeto llega a *concretizar las identificaciones* y su desarrollo evolutivo continúa siendo como mamá o a veces directamente mamá, o como papá o directamente papá. Produce para los movimientos afectivos del sujeto continuas situaciones de perplejidad y confusión: “si es papá” no hay problemas de proceder como el hombre de mamá y el incesto no tiene significado como productor de ansiedad de castración —o sea la que en determinado momento impone la sensopercepción de la actitud de los objetos interpersonales—. El límite estará puesto por una identificación brusca y abrupta con la madre y por ende la homosexualidad no ha de tener tampoco un límite, puesto por la configuración que hubiera sido dada por la conformación de la situación triangular. Tomo como modelo lo que sucede con un joven; pero la situación es fácilmente reversible para considerar la situación de la niña. El incesto, la homosexualidad y la eliminación del tercero, es decir, el crimen, no tienen otra posibilidad de control que por la libre exteriorización de lo instintivamente destructivo, o sea un ejercicio también difícilmente limitado por el sujeto de lo que es su instintividad destructiva, que es implementada como contracatexia y a la cual pondrán límites los objetos interpersonales en una forma que da lugar a una representación mental correspondiente a lo que denominamos “culpa y castigo”.

Tal vez la situación pueda continuar así, aunque con *dificultades* hasta la entrada de la pubertad, en que la genitalización impuesta por las gonadas produce la emergencia constante de la ansiedad generada por el yo como se-

ñal de alarma, que *lleva al sujeto a vivir prácticamente centrado alrededor de ello*; y de lo que significan la actitud del mundo interpersonal en cuanto a sus actitudes incestuosas, homosexuales o criminales.

Ahora la contracatexia por agresión no podrá proseguir funcionando en base a la emisión de actitudes destructivas y sólo queda una posibilidad cual es la de la inhibición de las funciones del yo, productor del aspecto clínico que conocemos como autismo, emergencia de verbalización en proceso primario que es clínicamente la incoherencia, la correspondiente ruptura de vínculos con todo lo social o interpersonal y la retoma de actitudes muy primitivas cuyo ejercicio no signifique para el individuo más que la gratificación en términos de lo que fue la simbiosis primaria y que por lo tanto significa una dependencia casi absoluta.

El mundo interpersonal ya no cuenta naturalmente, carece de significado, y las posibilidades de conservar la vida están dadas por las posibilidades de convivir consigo mismo dentro de ese mundo intrapersonal que también es caótico porque *se mezclan los logros del progreso con las actitudes primitivas. Ha dejado de existir el tiempo, su omnipotencia es "real, cierta"*. Así entendemos el síntoma "fin de mundo". y "catástrofe interna". Cualquier tentativa de recuperación del mundo interpersonal irá seguida de la exteriorización de las mismas actitudes: incesto, homosexualidad sin limitaciones, destructividad como contracatexia. Lo que Pichon Riviere y algunos otros autores psicoanalíticos denominan "la libido homosexual destructiva", sólo puede ser explicitada de esta manera. Y aun así queda como una denominación analógica.

LOS PROCESOS EN LA ORGANIZACIÓN DE LA PERSONALIDAD

Con esto puedo decir que se ha constituido una organización de personalidad donde *los afectos como productos del yo* cuentan escasamente y que si el sujeto percibe en un momento dado amor, toda la constelación "incesto, homosexualidad, crimen" se moviliza, reproduciendo la inhibición de esa funcionalidad "autor". La remplazará por el afecto odio y todos los componentes agresivos y destructivos del mismo. De allí lo dicho por

Fairbairn, que el esquizofrénico piensa que destruye con su amor. Estando ya, por otro lado, en ejercicio las funcionalidades sensoperceptuales motrices, la construcción de fantasías, de alucinaciones y la *única posibilidad proyectiva* que represente una trascendencia hacia el mundo interpersonal cual es el delirio.

En la situación clínica observarnos la expresión de esta composición estructural a través de todos los síntomas descritos para una crisis de esquizofrenia aguda, y la estabilización de esas modalidades en la esquizofrenia crónica. Nos permite decir que se ha configurado desde temprano una organización ideativa irreversible de personalidad, diría “vulgo esquizofrenia”, que nos asombrará a veces con períodos de remisión en que parece que se lograra el restablecimiento de las vinculaciones interpersonales. Las llamo ideativas justamente porque lo anulado es la posibilidad de producir afectos y su empleo adecuado por parte del yo, salvo la ansiedad o la destructividad en determinados momentos. El problema existencial del sujeto transcurre a través de la conformación de imágenes que son como las fotografías de un álbum que cambian sólo por el vaivén de las hojas pero sin ninguna efectivización de esos movimientos y cambios, únicamente la posibilidad de cierta modulación de la ansiedad cuando la exteriorización de lo destructivo es inminente para la contracatexia de las vinculaciones interpersonales. Los períodos de remisión están dados a través de la posibilidad de conformar construcciones ideativas, imágenes de conjuntos que no signifiquen para el individuo la posibilidad de la movilización de ese “equipo” dado por el incesto, homosexualidad y destructividad. Así es posible la resocialización de ciertos esquizofrénicos capaces de incorporar a ese equipo una figura o figuras —de terapeutas o de cualquier otro objeto interpersonal— que signifiquen para ellos un “como si” fuera un superyó, heredero del complejo de Edipo, que le produce una como si amenaza de castración dada por el retiro de algunos privilegios o la reclusión del sujeto dada por su peligrosidad.

Mi concepto de *restitución psicótica* está dado por la interpretación del total de la conducta de un individuo que puede llevar a cabo su resocialización sin la emergencia inmediata de lo destructivo. Una suerte de imitación de lo que es la funcionalidad en niveles de integración con un logro mayor, y que incluye una secuencia de rituales o ceremoniales por los cuales el sujeto siente que puede controlar primariamente la ansiedad, como señal de la amenaza de la

recurrencia de su “equipo” de funcionalidad fundamental.

En la restitución psicótica de una “*organización ideativa irreversible de personalidad*”, esquizofrenia, el sujeto puede aparentar una resocialización adecuada en labores o intercambios que incluyan el empleo de esos rituales con imágenes de las figuras con las cuales puede mantener una comunicación vincular de tal dependencia que le reasegure la no emergencia de la ansiedad y su conducta clínica. El esquizofrénico ha inhibido —prácticamente basta la anulación— sus funciones afectivas y cualquier suceso u objeto interpersonal que intente promover en él una movilización de afectos, especialmente amor o acercamiento, determinará la reaparición de la situación clínica.

Esta conceptualización presupone una modificación de los conceptos clásicamente admitidos, pues en las psicosis, y especialmente en las psicosis ideativas, el sujeto era entendido como una configuración de sometimiento decisivo del yo al superyó, que es “cruel y prohibitivo”. Esto es lo que produce la anulación de la llamada unidad de placer (Garma, Pichon Riviere) que está dada por una especie de sector que recorre lo ambiental hasta el centro mismo de la personalidad correspondiendo a porciones de esa realidad interpersonal, del propio superyó, del yo y del ello.

Esta anulación declara al sujeto la ruptura con el mundo ambiental y con su mundo instintivo, desencadenante de la constelación psicótica.

De acuerdo con ese comportamiento divalente y las observaciones clínicas en las innumerables reuniones con conjuntos familiares que contienen a un esquizofrénico, llegué a la conclusión de que una organización de personalidad tal como ésta, no contiene entre sus elementos la conformación de la situación triangular, y que la formación edípica solamente fue “atisbada” por el sujeto y el intento de construirla le llevó —tal como dije anteriormente— a la comprobación de que su labor de identificaciones no le producía el resultado que naturalmente habría de esperar.

Desaparecida de hecho la circunstancia que conmocionó al conjunto familiar, la solución encontrada para la salida *no debe de haber sido operante* en el sentido de la reorganización del intercambio entre los miembros. Así los papeles devinieron desdibujados o trastocados y esto perpetuó la dificultad del sujeto. Incluso este pudo relacionar la desaparición de la conmoción con su comportamiento y *construir así una creencia* mágica, un delirio, acerca de las posibilidades “benéficas” que tiene para los otros su confusión y su propia de-

sorganización.

Durante la latencia y hasta la emergencia objetiva de la pubertad, las cosas pueden permanecer en silencio aparente, pero el niño es frecuentemente señalado como un objeto de mal comportamiento y de la intensidad de su actividad motriz comparada con lo magro de su creatividad. El niño hiperquinético está defendiéndose desesperadamente de la repetición de sus episodios confusionales, como si tratara de reforzar a través de su hipermotilidad la construcción del derrotero de unión entre el “objeto madre” y el “objeto padre” en un esfuerzo por construir su triángulo edípico, que por cierto se desmorona fácilmente si lo logra, en tanto el mantenimiento y evolución del mismo ha de hacerse por la afectivización —erotización— de los vínculos para que realmente emerja la ansiedad de castración como elemento motivacional del desarrollo. *La hiperquinesia es lo fóbico del latente.*

Aquí debe de estar el momento clave en que el sujeto —lejos aún de su pubertad y adolescencia— pueda conseguir modificar los rudimentos de su organización ideativa irreversible, esquizofrenia, de la personalidad. Porque si logra la instalación del triángulo, los comienzos de la afectivización del mismo para transformarlo en complejo de Edipo, producen resultados magros y surge la hiperquinesia. Si se da la estabilización de la familia (como conjunto social inmediato) y la estabilización de ciertas relaciones interfamiliares (como ambiente social mediato) todo entra en un estadio de calma afectiva y los papeles se delimitan tanto en su calidad de status como en su calidad de papeles móviles; el sujeto consigue la conformación edípica a raíz de que los padres y familiares llevan al niño en busca de tratamiento. El terapeuta servirá de modelo para el aprendizaje (por identificaciones operativas) para el logro de la afectivización del complejo de Edipo.

Pero hay modalidades en la reorganización de las funciones del yo que mantienen la ansiedad como afecto principal para la detección de las amenazas tanto desde lo intrapersonal como desde lo social; de tal forma, el umbral de emergencia del afecto odio (y sus componentes, agresividad destructiva, competitividad exagerada, celos, etcétera) es muy bajo en relación con la necesidad de su emergencia para el empleo de contracatexias tan pronto la erotización de un vínculo se transforme casi de por sí en una amenaza de rechazo, burla, abandono, indiferencia, etcétera. Secuencia clínica en la per-

sonalidad fóbica.

La agresión destructiva se expresa no fácilmente hacia lo interpersonal. El intento de conservación del vínculo objetal no va seguido como en la personalidad ideativa de un retiro autístico y su correspondiente ruptura de vínculo, sino que ahora se desplaza sobre el propio *self* o sobre objetos inanimados o seres considerados de inferior condición —tales como los animales—. La imposibilidad de amar puede llevar al sujeto a la retoma de las pautas divalentes; también un desplazamiento de la libido puede ser hecho. como lo es para la agresión; el amor se torna ferviente hacia los animales, ciertos elementos inanimados que son idealizados, o aun personajes extra-familiares que serán exhibidos con insistencia *ante* los objetos primarios para tener la posibilidad de ofrecer algo así como *un holocausto: el abandono brusco de esos objetos extra-familiares y retornar “cuajados de obediencia y sumisión” hacia la intra-familia*, tan pronto se detecten señales de que ha de retornar al sucinto espacio familiar, porque éste es el único lugar donde deben producirse, sentirse y exteriorizarse los afectos —idealización de la endogamia—.

Si bien es cierto que esto consolidará con el tiempo la conformación edípica, las frustraciones en términos de desilusión y desengaño determinarán la puesta en marcha de un estereotipo. La creatividad del niño se afinará en producir actos “generosos” que le reaseguren que no se producirá una nueva frustración. Pero ésta siempre acaece, pues el *hambre de amor incentivo la voracidad* en tal forma que luego nunca será suficiente el halago o la recompensa, aunque ésta fuera positiva y magna. Porque buena parte de ello ingresará —por la identificación introyectiva— para “incorporar” el yo y conformar una motivación para la función narcisística. Tanto para reforzar el sentido de reaseguramiento como para su trascendencia proyectiva y búsqueda de vinculaciones interpersonales, elije a los que “prometen” renovar la realimentación de gratificaciones.

La instancia superyó se conforma en su arquitectura sólida y si hemos de darle características diremos que es un superyó exigencia, que estimula continuamente la función de la creatividad, aprobando la dependencia utilitaria, posponiendo el logro de la autonomía y transformando la frustración proveniente desde un objeto interpersonal en un sentimiento de fracaso propio. Motivando la función narcisística a producir intensas sensaciones y sentimientos de displacer similares a los reproches y burlas que otrora denigraban

al niño. La agresión destructiva no podrá efectivizar el vínculo desde que el objeto interpersonal es prontamente considerado como “no fuente” de la frustración sino que es el yo el causante —“el culpable”—, y se producen crisis de intensa rabia epileptoide —rabia oral— expresadas a través de manifestaciones difusas e incoherentes. Son las “pataletas o berrinche” de los niños. A la par que, como especie de retaliación, la exteriorización de “mal comportamiento” produce a su vez reprimendas y castigos *desde lo interpersonal, lo cual será incorporado al superyó*. El niño va a adiestrarse para conseguir la producción de estas respuestas interpersonales, casi sustituyendo antiguos intentos “generosos” de lograr el amor, con lo cual el odio se incrementa y la agresión toma características de criminalidad que está dirigida principalmente *hacia ambos objetos primarios*; por lo cual el complejo de Edipo en vez de erotizado está sobre-agresivizado y el sujeto puede tanto fantasear el parricidio o el matricidio con igual valencia.

El niño, el púber y aun el adolescente, no producen manifestaciones clínicas, al igual que el adulto melancólico. Contrariamente, emergerá la confusión que sumirá al niño en una especie de letargo, de intensa inhibición motriz y ausencia de “robotización” por el autismo. Si la confusión da lugar a la hipocondría, la presencia de un médico, por ejemplo, o <le ciertos cuidados directos proporcionados por los objetos interpersonales, compensan de alguna manera la situación. De lo contrario, luego que se produzca la reorganización, el niño saldrá de su confusión con una crisis hiperquinética, alguna somatización o un accidente; finalmente, la amnesia parecerá borrar totalmente el episodio, y el niño seguramente presentará las primeras señales de la conducta restitutiva psicótica.

En primer lugar se presenta una característica que suele promover el comentarlos de los familiares, en donde el niño —en especial hacia los finales de la latencia y en el trabajo preparatorio de su pubertad— se torna atentamente obediente y sin características de sumisión: parecería que *adivinase los deseos de sus objetos interpersonales*, con lo cual se ve compensado con gratificaciones que ni siquiera insinuó pedir. La mamá expresa con alegría qué excelente compañero es su hijo o hija; iguales expresiones son vertidas por el padre, y tal vez también por algunos hermanos. Pero en especial, por parientes de otra generación o colaterales, es decir abuelos o tíos. Sus actos son

ejercidos con una solicitud sencilla y aparentemente tan espontánea que hasta rehúsa las compensaciones materiales, con lo cual está decisivamente encubierta la conquista de las modalidades que producen fuerte gratificación de su dependencia. Metafóricamente, casi con visos de que es lo que realmente ocurre, que el yo y el ello se sienten amados entrañablemente por el superyó.

O si no, que el sujetó hubiera alcanzado tempranamente el logro de la deserotización y desagresivización de sus vinculaciones interpersonales y el yo dispusiera de grandes cantidades instintivas neutralizadas para proceder era términos de lo que llamamos sublimación. Aun más, la instrumentación de modalidades fóbicas produce el alejamiento del sujeto de situaciones de peligro dentro de la cotidianidad de las vinculaciones ambientales y, aparentemente sin que emerja la ansiedad, el sujeto se retira de situaciones de campo que ofrecen señas dificultades. Luego se acerca muy próximo a determinados objetos interpersonales que celebran el hecho.

FUNDAMENTOS CLINICOS DE OBSERVACIÓN

Quiero reducirme a unas pocas “vicisitudes de continuación” de entre las que observado en púberes o adolescentes pie en un momento fueran sindicados como “casos problema”.

A lo largo del periodo terapéutico el joven, tanto púber como adolescente temprano

—luego de establecida una vinculación con el terapeuta que le significara la construcción de un símil de un estereotipo escasamente estimulante de la emergencia de la ansiedad—, comienza una reproducción secuencial de lo sucedido desde su latencia hasta él momento de la terapia. Que sin duda corresponde al precepto freudiano de repetir en vez de recordar, que puede ser tomado como un gran *acting out* —en cuanto a que “no hay” realimentación para el crecimiento a través de los intercambios con el objeto “terapeuta”—, pero que es operante como sistema de comunicación —único, naturalmente— con el que el sujeto podrá informar muy cercanamente de lo sucedido, los hechos y las secuencias de los mismos.

Me referiré sólo a situaciones o condiciones que considero “claves” ocurridas a lo largo del desarrollo evolutivo del niño y basta entrada su segunda

adolescencia. *Por lo tanto* no me ocuparé de un niño que muy perturbado en sus relaciones entre el grupo de las funciones narcisísticas y la función de síntesis, no logra estabilizar su reorganización de funciones yoicas en general y por lo tanto, sus funciones de creatividad o de adaptación activa al medio no se manifiestan y la gratificación de la dependencia parece ser el único objetivo con que se desempeña. O sea un niño que presenta una descompensación que se refiere a una psicosis. En general se acepta que un niño puede presentar tales descompensaciones por largo tiempo y que si su coordinación motriz se reajusta progresivamente a logros que vayan procurándole otras gratificaciones, aunque el cuadro haya subsistido por uno o dos años, no podemos considerar que no habrá una restitución cuyo pronóstico podamos hacer con cierta exactitud para mucho más allá que lo inmediato en el tiempo. Pero la clínica nos ha enseñado que aún después de dos años de presentarse una conducta obviamente psicótica, el niño puede dar señales de recuperarse, que con el andar del tiempo pueden resultar a veces sorprendentes para los que hubiéramos pensado que dicha recuperación no podría ser. Para hablar realmente de una psicosis infantil y no de una conducta psicótica reactiva hemos de esperar un lapso no menor de dos años, y manifestárselo así a la familia para que mantengan al niño en el tratamiento.

En el caso que señalé para este tipo de investigación, un púber o un adolescente temprano que haya presentado episodios como los que mencioné acerca de lapsos de reacciones confusionales con el complejo de señales y síntomas manifestado, con episodios de confusión, de traumatofilia, de pacíficas actitudes de “buen comportamiento”, alternados con episodios de niño problema, la misión del terapeuta es ayudar al joven a que haga las reconstrucciones necesarias para el ordenamiento de su historia, sin olvidar que hay características fundamentales para esa época de la vida —pubertad y adolescencia temprana—De tal manera que la transferencia habrá de ser manejada casi únicamente a través de construcciones, manteniendo ese ambiente de estereotipo terapéutico, procurando las mínimas alteraciones en la marcha de la situación terapéutica. Los días, horario, vacaciones, habrán de ser muy respetados en cuanto a su mantenimiento.

Además tengamos en cuenta que un púber presenta como características fundamentales la intelectualización, el ascetismo, el pensamiento altamente formal y lógico, así como el adolescente muestra la modificación de tales

aspectos, para virar hacia una inconsistencia que le hace impredecible cuál es el próximo tema de conducta que adoptará. Habrá que tener en cuenta, tanto en la reconstrucción de la historia como en sus momentos presentes, que detrás de sus modalidades típicas el joven está motivado permanentemente por su deseo de aprendizaje, y que instrumentará su curiosidad en forma tal que consiga el acrecentamiento de su acervo yoico y que la contraposición de sus funciones narcisísticas con las funciones de síntesis será muy intensa.

Algo similar ocurre desde la entrada a la latencia hasta la emergencia de la pubertad por lo tanto, la incidencia de las series complementarias que hayan sido mayormente convergentes que divergentes, en términos de un balance, favorecerán la estructuración de la personalidad hacia un determinado final.

Durante ese lapso podemos observar directamente, si tenemos la oportunidad, o en la reconstrucción que el joven haga de su historia, que los sucesos se ordenan de una manera tal que podemos percibir que hubo épocas de un comportamiento que puede ser calificado como histérico, como paranoide, como fóbico, como obsesivo, como compulsivo, etcétera, dependiendo de las relaciones que se establecieron entre las necesidades psicobiológicas de cada época y el grado de facilitación que ofreciera el ambiente.

Un niño que superó su etapa histórica de las identificaciones con los objetos primarios —que, como expuse, estaban dedicadas al logro del cierre de la posición triangular— la erotización de las vinculaciones, transformación de las identificaciones en motivación para la instrumentación de la mayoría de las funciones yoicas y de la organización coordinada de las mismas, es por lo tanto, un personaje que ha conseguido establecer la función de la represión a través de desplazamientos tanto objetales como direccionales de los elementos instintivos. Por fin la ubicación definitivamente inconciente, o mejor dicho preconscious, del complejo de Edipo y la conformación de la instancia superyó, nos lo separa definitivamente de la posibilidad de que la evolución se consolide sobre una estructura ideativa irreversible de personalidad.

El yo habrá alcanzado una organización de funciones que implica que la formación de afectos será lo que regule la adecuación de las relaciones que se establezcan entre el ello, el superyó y el mundo interpersonal,

Podemos decir que la erotización o agresivización de los afectos será en adelante el inicio del sistema de funcionamiento a que tenderá el yo.

Metafóricamente diríamos, será idealmente un funcionar por computación.

Esto incluye lo que dije anteriormente sobre una sumación algebraica de los lapsos de confusión, perplejidad, hipocondría, desorden motor, etcétera. De acuerdo con el punto de vista que sostengo, esos episodios de psicosis confusionales —recuerdo que las relaciono—solamente con frustraciones o pérdidas sino también con situaciones de logro donde los cambios impliquen un trabajo de duelo que estuvo a punto de no concretarse y que da sufrimiento o severas crisis de ansiedad—, los elementos vinculares que se ligan con la salida de los mismos y la reorganización del sujeto, quedarán como “incidentes” a lo liase del desarrollo evolutivo. Por lo tanto, pueden no perturbar para que dicho desarrollo pulga hacia la forma adulta de la especie, o, dados los lapsos y frecuencias, constituir un punto de encrucijada desde donde la salida será hacia un tipo de reorganización en restitución psicótica...

De todos modos el comportamiento puede asimilarse a denominaciones que tienen que —dinámicas so pena de transformarse en eslóganes. Me refiero a lo que fuera formulado por Katan y luego proseguido por diversos autores, especialmente Bion y entre nosotros Bleger, el de “partes psicóticas y partes no psicóticas” de la personalidad. También a lo que conocernos como puntos de fijación que estarían referidos a estos momentos de pérdida de los episodios confusionales; y que por lo tanto hay puntos de fijación positivos y puntos de fijación negativos, sea que el sujeto se reorganice en prosecución del alcance de la forma adulta, o que quede inscrito en términos de elementos para la función anémica *solamente como que o pesar de lo arduo del momento el individuo consiguió recuperar su identidad* y sistemas especiales de mantenerla, o evitar nuevas desorganizaciones de la misma.

Con la idea de sortear dificultades de comprensión, denomino a todo lo que sea contenido de la historia del sujeto, *experiencias previas*. Esto me permite incluso reevaluar el significado de los adjetivos y apoyarme más en un punto de vista económico. En el sentido de que *es el monto de experiencias previas* lo que da al sujeto posibilidades de una reorganización pronta, facilitándole la operancia de la regresión por la instrumentación de una forma de presentación fenoménica —histórica, fóbica, psicopática, etcétera—, que a su vez da operancia a los desplazamientos objetales o instintivos; uso de las identificaciones transformaciones de las mismas, como también de los estereotipos, en peldaños de la reorganización.

Si hablamos en términos populares dinamos que un sujeto tiene “buenos y malos recuerdos” que le sirven para poder mitigar las penas o descargar rabia. También aquello de que el sujeto que tiene “mucho calle” es el que se desempeña con más eficacia a lo largo de su vida.

Volviendo al niño en vías de desarrollo no veo por qué algunos autores ponen en duda que el psicoanálisis tenga que referirse al desarrollo evolutivo, o la contraposición que pueda establecerse entre tal concepto y el simple de “historia”. El punto de vista genético fue sostenido por Freud desde el comienzo, y cualquier interpretación que sea directamente basada sobre lectura freudiana o sobre cualquier otro de los esquemas psicoanalíticos, utiliza siempre para la construcción o para la interpretación elementos que han tenido valor, justamente, a lo largo del desarrollo evolutivo. “Objetos internos” por ejemplo, es en realidad todo lo que constituye el funcionamiento psíquico de un sujeto y está fundamentado sobre la combinación de lo histórico con el “aquí y ahora”. El problema es que el desarrollo genético, tal como lo postula la teoría de las fases —oral, anal, fálica, genital, con sus subvariantes—, puede resultarnos inconducente para la explicitación de un momento de la vida de un sujeto, sea este momento natural, clínico o subclínico. Si en cambio aceptamos las ventajas de la “sumación algebraica” y de la transformación de las imágenes —correspondientes a las vinculaciones a través de los movimientos de progresión y regresión que el sujeto experimenta en su desarrollo—, podemos denominar en vez de genético o continuidad genética, *desarrollo epigenético*. En el esquema de una proposición dialéctica la tesis, antítesis y síntesis es un conjunto que utiliza el total de los elementos; la síntesis tiene una configuración diferente que las de ambas anteriores, pero las incluye. Por otra parte, si da lugar de inmediato a la apertura de una nueva tesis, su correspondiente antítesis y la nueva síntesis, es evidente que, a lo largo de un tramo del proceso, la última configuración será muy diferente de la inicial o de cualquiera de las que se observaron en cortes intermedios. Pero ninguna de las estructuraciones han sido anuladas o desaparecen en su funcionalidad; son esas funcionalidades estructurales las que constituyen los elementos mnémicos que el sujeto utiliza en sus regresiones. Los “puntos de fijación” tampoco serán nunca como fueron. Porque de hecho constituyen la conjugación funcional y dinámica de lo mnémico con un “aquí y ahora”. En esa contraposición dialéctica se incluye en el último término la confusión del

instante, y en el primero la salida que ocurrió en algún instante confusional previo. Así se armará la nueva *síntesis de reorganización*. El valor de un punto de fijación está en que contenga puntos de «identidad de contradicción» con el “aquí y ahora”; que dé lugar a la posibilidad de una construcción dialéctica. Sin esa identidad de contradicción la experiencia previa que se encontrara en el trayecto de la regresión no serviría para la conformación de una antítesis y el sujeto tendría que seguir “explorando” regresivamente en búsqueda de experiencias previas o puntos de fijación que la función mnémica le señale como continente de esa identidad de contradicciones.

Propongo el concepto del monto de experiencias previas que un sujeto tenga y no tanto la calificación de buenas o malas. Es de experiencia diaria en nuestra tarea psicoanalítica la utilización de los llamados “recuerdos encubridores” para la conformación de una interpretación. La interpretación o construcción que hace un analista no es, por lo tanto, mera ocurrencia del mismo, *ni simple emergente de su contratransferencia, como suele decirse*. Es una operación en términos de pensamientos, que incluye toda la cadena de afectividad—contratransferencia— con que los cargamos. La contratransferencia es una respuesta afectiva, y si la interpretación solamente se apoyara en esto el emergente del analista no sería una interpretación o construcción sino simplemente un emergente del analista.

Que es en el fondo lo que ocurre diariamente en cualquier interrelación humana. Así el joven nos irá contando en sus reconstrucciones cómo fue que utilizó sus funciones narcisísticas para buscar individuos que presentasen un balance entre su narcisismo y su síntesis como para estar dispuestos a incluir en el proceso vincular elementos trascendentes de sus propias experiencias previas, que sirvieran al individuo en crecimiento para gratificar su hambre de conocimiento. Se lleva a cabo lo que Pichon denomina “epistemología convergente.

Por el contrario, en virtud de series complementarias, tuvo que vincularse con sujetos en igualdad de condiciones en cuanto al hambre narcisística y las correspondientes dificultades relacionales; que dan la categorización de personajes que no han de ser buscados. En algunos casos la conformación de la restitución psicótica conduce a que esos “objetos interpersonales” sean buscados para el cumplimiento de gratificaciones muy íntimas relacionadas con

la posibilidad de gratificar el sentimiento de omnipotencia, al suceder que esos objetos reaccionan de una forma que se acerca mucho a una especie de “comando de las respuestas”, que el individuo en crecimiento irá transformando en una especie de mito de calidad mágica y aprenderá, no a construir la funcionalidad dialéctica de su desarrollo, sino a afianzarse (en un estereotipo) en la creencia —delirio clínico o no clínico— de que el afinamiento de esa capacidad es que no se producirá la emergencia de su ansiedad como señal de alarma ante un peligro de desorganización de su sentimiento de identidad de *self* y un nuevo episodio de confusión. Pero no aprenderá a vivir.

Aprenderá a buscar individuos que en su balance narcisismo-síntesis, presenten algo así como una personalidad en contraposición dialéctica con la que él percibe de si mismo y que —si logra conformar una vinculación que renueve un tipo particular de simbiosis—, el problema de la creatividad (que pone siempre en riesgo al balance narcisismo-síntesis) no le lleve a proceder en búsqueda de la gratificación de la dependencia como sistema de mantenimiento de su identidad de *self*. Parecería haber conseguido la eliminación de la ansiedad y del dolor, por eso no tendrá que enfrentarse con trabajos de duelo.

Estas posibilidades son las que generalmente nos presentará el púber o joven análisis porque resultaba un “caso problema”. Naturalmente, porque sus reacciones de comportamiento no pudieron ser interpretadas, por quienes conforman su mundo interpersonal, como las formas de expresión que informan sobre sus necesidades bio-psico-sociales tal como están conformadas en su mundo intrapersonal. Pero para las cuales el joven no ha conseguido una afectivización adecuada de sus construcciones sintácticas y, por lo tanto, no adquirieron el valor de comunicación de sus pensamientos —de lenguaje del proceso secundario— que busca la retroalimentación (*feed-back*) en la vinculación con los objetos interpersonales.

Su lenguaje, aunque logró el comando motor de los fonemas, la semantización de los mismos y el respeto de la sintaxis, se asemeja al lenguaje del proceso secundario, pero no es tal. En vez, está comunicando tales emergentes de su mundo intrapersonal en términos de proceso primario, donde cuentan principalmente las relaciones entre sus afectos tanto instintivos como objetales. El lenguaje, aunque aparentemente sea adecuado, no busca la

retroalimentación o *feed-back* interpersonal, sino únicamente “hace llegar la noticia” a través del contenido central del lenguaje del proceso primario; que es la dificultad que tiene en la organización de sus afectos, para la transformación de las complejas vinculaciones intrapersonales en imágenes de proceso secundario que lleven a la conformación de pensamientos y al uso del lenguaje del proceso secundario.

Esto también es un tema para la cotidianidad de nuestra tarea con un analizando de cualquier grado que tengamos frente a nosotros. Sea éste un individuo que calificamos de neurótico, de caracterópata, psicópata, psicótico o aun del considerado en camino hacia el logro de la forma adulta de la especie.

El hábito de hablar en términos de contratransferencia al servicio del psicoanalista hace veces olvidar que este último es solamente un individuo con un oficio. Y que, por lo tanto, a pesar que su técnica le lleve a utilizar lo que le provee la atención flotante —escisión operativa del yo— en su tarea, también tiene su propio mundo intrapersonal. Tan complejo como en cualquier individuo; un psicoanalista también está propenso a que el logro de un balance adecuado entre su narcisismo y su función sintética le permita, en general, el buen desempeño en su tarea. Si en algún momento deja de ser analista, anulando la atención flotante y la captación de los elementos que ésta le proporcionara, un papel extemporáneamente activo puede llevarle a que su función introyectiva tome los estímulos provenientes desde el “paciente” expresados en términos de lenguaje de proceso primario como si fuera de contenidos de pensamientos y responda como tal. Creerá estar haciendo interpretaciones o construcciones y no elaborará la gran carga de contenidos afectivos que está transmitiendo el paciente. El resultado será que se producirá en él un sentimiento de confusión y luego la emergencia de afectos que evidentemente no corresponden a la realidad de la situación, tales como sueño, enojo, fastidio, distracciones, necesidad de dar consejos, de dar informaciones, creyendo que sigue trabajando psicoanalíticamente.

Puede resultar *una verdadera contaminación por afectos del paciente* y se cumpliría el concepto que postula Pichon: “depositario”.

Corresponde, por otra parte, a lo que sería la estructura del mensaje contradictorio, o como también se lo denomina frecuentemente, de “doble vínculo”. Sin duda que produce confusión —si queremos decirlo así, contraidentificación— y, finalmente, la necesidad del empleo de cierto monto de

agresividad destructiva para dar por interrumpido el vínculo —o por lo menos para producir un alejamiento preventivo—. Todo analista con cierta experiencia conoce esto y puede efectuar la corrección con la simple retoma de la atención flotante sin enojarse.

En el trayecto evolutivo desde la latencia hasta la adolescencia temprana es posible que este tipo de mensajes contradictorios haya producido perturbaciones en la continuidad del desarrollo, y a veces la producción de comportamientos reactivos. Ya no es posible aceptar que los mensajes contradictorios sean la esencia de la conformación psicótica como estructura de personalidad, o por lo menos de severas perturbaciones de la conducta. Lo que sí es natural es que el niño o el joven produzcan comportamientos reactivos a esos mensajes contradictorios y en especial ante la repetición de los mismos.

CONSTRUCCIÓN DE DENOMINACIONES

Para entrar finalmente en la aplicación de la descriptiva que precede a la posibilidad de construir denominaciones que sintiquen a individuos que entran a un grupo que presenta características similares, estereotipadas, de una modalidad común de esos sujetos, expondré las siguientes proposiciones.

La frecuencia y la -duración de los episodios confusionales puede llevar a que el sujeto —como vimos en un punto de la exposición anterior— viva principalmente dedicado a la combinación y modelación de sus afectos. Y éstos serán manejados con formaciones reactivas, con transformación de los afectos, con un control permanente de *sus* actos y con una presentación de la predominancia de sus funciones narcisísticas hecha en términos de *trascendencia generosa*, que lo presenta como un individuo siempre dispuesto a dar, aun cuando exprese su ambición encubriendo su lógico deseo de progreso y así esconda la codicia. Una situación que produzca la desorganización en su sentimiento de identidad de *self* le llevará a que se reproche insistentemente lo que considera un fracaso narcisístico y a que su odio sentido como criminal sólo pueda ser controlado reteniéndolo, revirtiéndolo contra el propio *self*, y esto le lleve a injurias autodestructivas que en distintas gradaciones pueden llegar hasta el suicidio. Aunque le es posible reorganizarse

fundamentado en el mito de la omnipotencia, y la hiperquinesia e hiperproductividad le exhiban en pleno desempeño de una velocidad de proceso primario, en un intento de “fugarse” figurativamente de la injuria narcisística y sus correspondientes vinculaciones intrapersonales. *Constituirá la organización ciclotímica de personalidad.*

La problemática era explicitada desde Freud. Abraham y otros, como que el sujeto no pudiera desprenderse de la vinculación del objeto abandonante o frustrante y por eso todos los autorreproches eran dirigidos contra el objeto, “cuya sombra caía permanentemente sobre el yo”. Por otro lado es relacionado con la intensidad del odio y de la agresión. Freud formuló la idea de que el sujeto mismo era una masa de instinto de muerte, de “puro cultivo de instinto de muerte”.

La metáfora, sin duda, era buena para la época en que Freud escribió esto, luego de comprobada la terminación de la Primera Guerra europea y sus consecuencias; y luego de haberse producido el incidente en que se creyó que uno de sus hijos había fallecido en el frente de batalla, suposición que fue inexacta. Así, en 1918 escribió “Duelo y melancolía” y dejó sentados los primeros conceptos acerca de las diferencias entre el dolor o pena de la melancolía y la aflicción del duelo, que más tarde aparecerían mejor relacionados entre sí con la ansiedad en su obra “Inhibición, síntoma y angustia”, de 1925. En 1922 publicó “Más allá del principio del placer”, obra que a mi criterio tiene cierto carácter religioso; puede advertirse que Freud por grandes dificultades para superar trabajos de duelo relacionados con incidencias presentes y otras que habían permanecido relativamente ocultas por la producción científica de esos veinte primeros años del siglo. Hay algo que recuerda la unción religiosa correspondiente al nirvana de los brahmanes, entre los cuales dicho estado corresponde al acceso a un lugar sagrado donde la paz es posible a causa de que el sujeto se ha suicidado o ha sido asesinado; *está libre de acusación de incesto*. Hay algo en esa obra que recuerda el episodio de la cocaína y el luctuoso suceso de su amigo Fleisch casi cuarenta años atrás, ligados con la muerte de su padre, quien fuera operado glaucoma utilizando la cocaína como anestésico, recuperando la visión. (Koller, quien lo había intervenido, emigró a Estados Unidos dos años después de la operación.) También la comprobación del envejecimiento de su madre, que habría de fallecer algunos años después, en 1930.

La noción de instinto de muerte tiene el sentido existencial que le adjudicaba Kierkegaard y los filósofos existenciales, como también lo tiene el inevitable sentimiento de culpa inconciente que está relacionado con esa ansiedad existencial. La dualidad instintiva que puso como sustitución de la primitiva pareja de instintos sexuales y de conservación, parecía responder a preteritas crisis de carácter melancólico que sufrió cuando se aproximaba su compromiso con Marta, ligadas con el entusiasmo por la cocaína que lo sacaba de la depresión, estimulándolo hasta que le producía dolor corporal y sexual. Nunca pudo relacionar esto con la ansiedad de castración y la alteración de los ojos de su padre. Como tampoco con sus crisis de dolor semejantes a las del ángor pectoris que él y Fliess adjudicaron a la intoxicación nicotínica y que le imponían desplazamientos de su ansiedad de castración hacia la curación por no fumar cigarrillos, cosa que le era tan necesaria para sentirse produciendo en sus investigaciones ~ en su trabajo. Esto precedió a la muerte del padre.

Es más conducente considerar que la configuración clínica melancólica es la resultante de sucesivas dificultades para enfrentar y resolver los procesos de duelo —que imponen al niño en los primeros tiempos de la latencia cambios fundamentales, sobre todo de tipo social y en la conducta—, referidas a las posibilidades que la función de la proyección ejerce sobre la erotización de los vínculos; pero que no tiene efecto sobre la agresión destructiva.

Esa dificultad para superar duelos que actúan (como expreso en varias partes de este trabajo) en relación con situaciones de cambio evolutivas que son contaminadas con eventos familiares que fueron conmocionantes, y que conforman ante todo series complementarias divergentes, puede ser vivida por el sujeto, luego de varias repeticiones, como resultante de la propia inoperancia. La retracción narcisística de la libidinización vincular interpersonal intentada como método para eludir la ansiedad y la pena de un momento, deben perturbar la funcionalidad sintética. Con lo cual la situación se agrava y el sujeto puede aún efectuar nuevos retiros libidinales desde el mundo interpersonal lo que a su vez, en círculo vicioso, empeora otras funciones del yo que conducen a la creatividad. No sólo puede perturbar el sentimiento de que no se consigue un resultado positivo con la deslibidinización de esos vínculos interpersonales sino que sintetiza e intenta la recatexia con desplazamientos, lo que disminuye las posibilidades de efectuar una regresión operativa para el encuentro con experiencias previas que faciliten una reorganización. Parecería

que cualquier maniobra afectiva o vincular que el sujeto intente empeora su situación.

De esta manera el *autorreproche* no sería sencillamente el reflejo de las acusaciones contra un objeto frustrador y abandonante. Hay una constelación de vinculaciones interpersonales presentes que no retroalimentan al sujeto en el sentido de obtener su sentimiento de identidad mientras en plena regresión "escarba" en sus experiencias previas para reorganizarse. Para el año 1922 la madre de Freud poseía ya avanzada edad (murió a los noventa y cinco años), y seguramente sobre las posibilidades de su muerte se desplaza toda la ansiedad sufrida en la guerra y el episodio de la falta de noticias de la vida de su hijo; en niveles más profundos, lo que podría haber sucedido para la época de la muerte de su padre, cuyo fallecimiento no produjo, en apariencia, grandes dificultades para la elaboración del duelo. Seguramente estaba desplazada sobre su distanciamiento de una de sus amistades más intensas, cual fuera Fliess, o la emigración de Koller a Estados Unidos.

Como si dijéramos que la aparición de la enfermedad de la boca, el envejecimiento de su madre y la posibilidad de la muerte de ella en cualquier instante, tenía una relación de somatización que no fue suficiente para que Freud comenzara un eficaz trabajo de duelo de una pérdida que ya podía preverse.

Me permití tomar estos elementos relacionados con Freud en el sentido de índice de lo que ocurre en la crisis melancólica, donde, insisto, el autorreproche es auténtico en primer lugar, referido a la incapacidad de efectuar desplazamientos y luego a la imposibilidad de producir una regresión también operativa para afianzarse en las experiencias previas que le permitan la reorganización. También recae sobre las representaciones mentales de múltiples objetos interpersonales —múltiples sombras que caen sobre el yo— que producen más confusión al no oponerse en contraposición dialéctica con elementos mnémicos correspondientes a experiencias previas. La crisis melancólica que continúa por un tiempo puede llevar al sujeto a vivencias regresionales tan profundas y pretéritas como para que se sienta totalmente fuera de la realidad interpersonal y ubicado en dinámicas correspondientes a perodos de la simbiosis primaria. Esta vivencia de simbiosis primaria correspondiendo a los equivalentes de relaciones vinculares edípicas y de relaciones vía-velares

presentes puede producir en el sujeto la vivencia de que está en incidencias del incesto. Diría que es algo así como *una genitalización de la simbiosis primaria*. Que debe incrementar la confusión tanto como para que el suicidio sea el último preventivo del incesto. Por lo tanto el suicidio debe ser, como lo sostuve en otra obra, una fantasía del matricidio, constituyendo un equivalente epiléptico.

Justamente después de “Más allá del principio del placer” aparece “Inhibición, síntoma y angustia” donde parecería que toda la tormenta ha pasado. Más tarde. “Dostoievski y el parricidio” trae la conceptualización de Freud acerca de que el grito, como una de las señales del aura epiléptica, corresponderla al júbilo con que se recibe la noticia de la muerte del padre. Yo diría que es el comienzo exitoso de un duelo por el objeto “madre” que Freud perdería pocos años después.

Si el sujeto melancólico no se suicida e inicia la reorganización de sus funciones, ha de ser porque consiguió el logro de un “encuentro” con una experiencia previa que contiene la identidad de contradicciones. La inhibición psicomotriz que se había acentuado en la crisis melancólica es remplazada casi bruscamente por la hiperquinesia y luego por la hiperproducción de imágenes que se suceden remedando una fuga. Símil de la “rabia oral” que mencione en los comienzos de este trabajo. La inhibición de las funciones del yo que se mostró más evidente a través de la inhibición motriz, y que impedía el alejamiento físico espacial del sujeto con respecto a su situación de campo, o de una fuga fóbica que lo habría aliviado, fue remplazada en el período maniaco con un exceso de movimiento, desordenado y apragmático.

Es el esfuerzo del sujeto en la retorna de sus funciones para ir a “frenar” la manía poniendo un exagerado control afectivo sobre lo apragmático del movimiento y de las verbalizaciones —que constituyen por supuesto un paradigma de la comunicación en términos de proceso primario—. La reorganización de las funciones lleva a la construcción de una presentación obsesiva, a veces obsesivo-compulsiva y otras veces obsesivo-paranoide. Las funciones de introyección y proyección son cuidadosamente controladas por las funciones de la atención, atención y desatención selectivas, por las funciones correspondientes a la coordinación motriz estriada y por una especie de deambulación mental que semejaría el ir de un objeto a otro con intentos de reconocimiento más que con intento vincular —que ha de ser la esencia de la rumiación obsesiva—.

Los movimientos conservan un cierto monto de apragmáticos pero son minuciosamente seleccionadas las acciones que signifiquen empleo muscular. Pronto la agresividad destructiva se torna sólo brusquedad y finalmente pareciera que la agresividad ha desaparecido bajo el imperio de las formaciones reactivas y de la anulación.

Los componentes de la presentación obsesivo-paranoide controlarán la calidad y duración de las vinculaciones interpersonales correspondientes a la fantasía de que si no se previene un nuevo episodio de frustración o de logro inesperado, ha de producirse todo el ciclo de sufrimiento experimentado por el sujeto. Y quizás podríamos tomar como índice de la aproximación de un nuevo estallido melancólico la intensificación de los contactos obsesivo-paranoides y de la formación reactiva.

Ya he escrito mi punto de vista acerca de cómo un latente o un pre-púber puede emerger de estas series de crisis ciclotímicas, que como señalé, no llenen para esa época de la vida la misma expresión clínica que en el adulto. Que puede, además, proporcionar la posibilidad de que las restituciones psicóticas se establezcan dando lugar a la conformación de una estructura de personalidad que, de mantenerse hasta instalada la adolescencia, definirá posteriormente las líneas estructurales definitivas de personalidad con que el sujeto emergerá al promediar su *tercera* década de vida. Considero que el final de la adolescencia se lleva a cabo entre los 25 y 30 años y que para esa época el sujeto ya ha definido si está estructurado en una personalidad ciclotímica o en una de las formas de restitución psicótica de la misma, cual es la estructura psicopática de personalidad, la estructura caracteropática de la personalidad, la estructura neurótica o, finalmente, la estructura de la forma adulta de la especie.

Unas líneas finales para señalar lo que entiendo que son los rasgos característicos de cada una de estas organizaciones. En la *organización psicopática* lo esencial es el fundamento reivindicatorio que contiene el vivir del individuo, en el cual la impostura sería el sello peculiar. Mientras el sujeto viva algo así como un individuo de ciencia y ficción (con una máscara bien llevada de forma adulta de la especie), el sentimiento de identidad de *self* se conserva. La impostura ha de ser mantenida por supuesto con actitudes que

corresponden al mantenimiento de la ficción en que el sujeto vive, y la delación, el fraude, la calumnia, la fabulación, son el diario vivir mientras no se hacen necesarias maniobras de mayor importancia en cuanto al riesgo y peligrosidad que suponen para los contactos interpersonales. El robo, la intriga para producir agresiones entre otros —como por ejemplo, Iago con Otelo—, el robo de por sí o a través del gangsterismo, la organización del crimen a través de otros, etcétera. La represión es de una selectividad oportuna ya que el sujeto ha de comportarse a veces como un adulto y su sexualidad puede parecer la de un sujeto adecuadamente genitalizado. Por otro lado la agresión está empleada en forma que no puede ser reprochada mientras aparezca ligada con la defensa de la verdad, la religión, la raza, la patria, la familia, el honor.

La regresión puede ser prescindida aun cuando el fundamento reivindicatorio de vivir se haga muy punzante, ya que el sujeto elige lo que llamé metafóricamente su par dialéctico interpersonal. Un sujeto psicopático tiene en un sujeto ciclotímico la víctima fácil, pues sus funciones narcisísticas que han absorbido las motivaciones de otras funciones, con gran detrimento de la síntesis y de la creatividad, han de detectar fácilmente funciones narcisísticas que operan en formación reactiva para ocultar el odio y la crueldad con una bien exhibida generosidad.

Si a pesar de todo esto el sujeto psicopático siente en un momento dado que el mantenimiento de su identidad de *self* no le provee señales correspondientes al principio del placer, recurre a acciones que producen hechos que le han de significar el triunfo de su mágica omnipotencia y por ende el restablecimiento de la identidad de *self*. Por ejemplo, el suicidio de otro, el enfrentamiento destructivo de otros, el fraude o el robo que constituirá un hecho histórico social, o cualquier otra cosa por el estilo. Pero a pesar de que el adiestramiento del sujeto en tales actitudes lleva largo tiempo de “ensayo y error”, en detrimento de las funciones señaladas anteriormente, se ha de producir en el momento decisivo de la acción la pérdida de ese control omnipotente y los hechos pueden conducirle a un fracaso que parecerá darle entrada en la psicosis confusional, en la cual el sujeto puede terminar autodestruyéndose. Pero aun esto que podemos denominar “fracaso inexplicable” puede ser instrumentado en el sujeto psicópata como un triunfo de su omnipotencia y de sus actitudes mágicas, si es, por ejemplo, castigado por la sociedad o por lo insólito del fracaso en medio de una situación de triunfo. Para el sujeto

en su realidad de delirio, eso es un verdadero triunfo porque en el fondo le produjo la recuperación de su sentimiento de identidad y pareciera gozarse de los castigos y fracasos.

Recuerdo acá que el motivo regresional en un sujeto sigue hasta el momento en que consigue tener a través de la función mnémica un registro proveniente desde sus emisiones propioceptivas o cenestésicas —del cuerpo en general— elementos tales como para conformar la creencia, o delirio, de que ha alcanzado en su regreso la época de la simbiosis primaria real. Para un esquizofrénico esto no será útil porque, si bien dichas señales propioceptivas le indican que está ubicado en una situación correspondiente a representaciones mentales similares a esa época de la simbiosis primada, la madre que busca (la imagen de “madre” que le confirme que encuentra la primera “madre” que le permitió superar el trauma del nacimiento y proseguir su desarrollo) esa “madre anaclítica por excelencia” no aparece, y en cambio las libidinizaciones de la misma se refieren a las representaciones mentales de un “objeto madre” que es la del presente. Que ya estaba altamente erotizada. Por lo tanto, no hay identidad de contradicciones; parece ser cierto que “madre hay una sola” y el individuo rechaza ese reencuentro en plena percepción de un “como si’ fuera la simbiosis primaria, *porque allí se realizaría el incesto.*

Así emerge violentamente un “retorno al presente” en las situaciones clínicas agudas de la esquizofrenia, en búsqueda de su anterior situación de “aquí y ahora”, para retomar un regreso luego del reencuentro real con la “madre”, de la cual escapa. Volverá a emprender la regresión y nuevamente, en la percepción del logro simbiótico primario super-anaclítico, aparecerá la madre super-erótica. No hay por lo tanto anclaje para ese deambular regresión - progresión - regresión. Ahora el sujeto romperá con ese mundo que le crea situaciones imposibles, mundo tan persecutorio, y creará finalmente su “propio mundo”, donde habitará una madre que construye y que será super-anaclítica perfectamente igual a la madre erotizada, O sea, que *nunca conseguirá una identidad de contradicción* que le permita establecer la contraposición dialéctica y por lo tanto nunca más volverá a una síntesis en logro.

Si, por el contrario, el sujeto, y en virtud de sus series complementarias hubiera conseguido transformar el Edipo temprano —según Klein— o, más propiamente dicho —según mi punto de vista—, el Edipo anaclítico en complejo de Edipo o sea, si hubiera conseguido efectivizar realmente la situación de

deambular desde “su madre” hacia “el padre” o viceversa, erotizando y agresivizando tal construcción que le permitiera percibir la señal de alarma que significa su ansiedad y luego categorizarla, la situación sería diferente. Si en los primeros instantes el niño —tomando como modelo a un varón— se dirige hacia el padre, procurando la bienvenida, investido de las identificaciones que seleccionó desde el “objeto madre” y éstas han sido hechas sobre elementos muy erotizados de su vinculación, producirá en el padre un rechazo porque estimulará en él las vivencias homosexuales y producirá ese rechazo al comienzo de cualquier vinculación positiva. El asunto será comenzar de nuevo, es decir, repetir sobre la ley universal del “ensayo y error”. Puede suceder que luego de varios ensayos el niño cambie de selecciones y con nuevas identificaciones aprenda a elegir lo más operativo para el establecimiento del vínculo positivo con el padre. *El tiempo de espera* por lo tanto, es muy importante y depende no solamente del momento anímico en que los objetos primarios se presenten al niño, sino también de que no impacte sobre la familia un suceso conmocionante que acorte o termine ese tiempo de espera. Si la tolerancia al tiempo de aprendizaje es tal como para que los múltiples “ensayo y error” den como fruto el acercamiento al padre y la selección de las identificaciones con que ha de acercarse a la madre, y finalmente también consiga un vínculo positivo con ella sin que ésta “huela” el olor a padre, tendremos positivamente un *triángulo edípico transformado* en un complejo operativo que servirá al sujeto a todo lo largo de su vida como punto de fijación o contradicción dialéctica para los instantes de regresión útiles al yo y que han de ser, por lo tanto, *el puntal de la creatividad*.

Si un suceso conmocionante acorta el tiempo de espera o aun si amenaza extinguirlo, el niño puede sentir diferentes grados de frustraciones y tener los comienzos de la estabilización ciclotímica. Pero nunca irá hacia la búsqueda de la configuración simbiótica primaria, en búsqueda de la “madre” que le permitió la conservación de la vida y el progreso, porque está echada la piedra fundamental del complejo de Edipo. Si bien sufrirá su primera gran desilusión, habrá de esperar hasta que reanude su tentativa del cierre afectivo del triángulo. Con esté comprenderemos uno de los fundamentos de mi concepción. Aquella esloganizada denominación de “padre ausente” se refiere no al padre que ha desaparecido de la situación de campo, aun cuando hubiera muerto, sino *al padre que no pudo ser erotizado y preparado para luego*

ser agresivizado.

En la estabilización en la organización ciclotímica, el padre, aunque fuera un personaje volante, dio oportunidad para que el niño aprendiera la transformación del Edipo temprano o anaclítico en un complejo de Edipo. El esquizofrénico, aunque hubiese tenido al personaje padre constantemente al alcance de sus sentidos, no tuvo la posibilidad de llegar a una organización de sus funciones yoicas que lo pusiera en condiciones de iniciar ese trabajo de construir su complejo de Edipo. Si hemos de aceptar el concepto de Edipo y superyó temprano, es que son elementos de una construcción anaclítica, donde el único objeto que está erotizado y agresivizado es el - "objeto madre". El padre, o el tercero, constituye por ese entonces solamente una interferencia en la paradisíaca posición de la simbiosis primaria y su misión es, por lo tanto, forzar la "toma de distancia psíquica" y producir el comienzo de la diferenciación e individuación. *Esa madre erotizada y agresivizada anaclíticamente no es de ninguna manera un elemento para identidad de contradicciones con la madre posterior del complejo de Edipo.*

Si, por circunstancia de un conjuro de series complementarias divergentes a pesar de haberse conformado el complejo de Edipo, el niño hubiera regresado en búsqueda del elemento identidad de contradicciones, encontraría en sus fantasías de logro de recuperación de la simbiosis primaria una madre ya erotizada sexualmente y ésta *no correspondería a la imagen de la madre anaclítica*. El problema se tornaría alegóricamente en un ir y venir en búsqueda de *esa madre única que ya no existe*. Sin duda que la situación puede estabilizarse en una búsqueda interminable de la madre simbiótica primaria y tendremos posiblemente la forma simple o vagabunda de la construcción esquizofrénica.

De lo contrario el niño puede aprender una particular especie de simulación que le preste apoyo para fantasear el no buscar más a la madre simbiótica primaria y solamente tomar elementos de identificación que le permitan construir fantasías mágicas de un "como si" esa madre que permanece sexualizada *fuera anaclítica*. Con estas identificaciones se acerca al padre, despertando en él ternura y receptividad, *no estimulando los componentes homosexuales ni heterosexuales*, y establecerá con él un "como si" hubiera establecido una positiva vinculación que cierre el triángulo.

Es decir que, en las primeras épocas del funcionamiento de la ansiedad,

señal que es categorizada como ansiedad de separación, luego ansiedad de pérdida y finalmente ansiedad de castración, ya puede ocurrir la construcción de un estereotipo que le dé al niño una particular conducta para sentir “como si” no necesitara efectuar regresión en búsqueda de la madre única primaria, y no necesitará proseguir en la construcción de un complejo de Edipo positivo para la continuidad de su desarrollo evolutivo. Esto es ya sin duda, una primitivísima restitución psicótica y el niño funcionará de ahí en adelante “como si” su desarrollo evolutivo continuara naturalmente. Tal vez es posible aceptar la traducción de *borderline* como fronterizo o algo por el estilo. Pero creo que no como fronterizo entre la esquizofrenia y lo que nunca será esquizofrenia, sino solamente entre lo que es ficción y lo que es realidad, y si bien tendrá que enfrentar en su futuro crisis psicóticas clínicas, se parecerán mucho a la esquizofrenia, y se parecerán mucho a lo melancólico. Pero no son ni una ni otro, *son psicosis confusionales “borderline”*, en que el sujeto parecerá “como si” fuera una esquizofrenia, “como si” fuera ciclotímico, “como si” fuera una violenta crisis epileptoide de rabia oral. Pero *nunca tendrá sentimientos de pérdida objetales, de abandonos, de castración*, ni sus funciones narcisísticas le llevarán más allá de una ambición de lograr vincularse con alguien a quien pueda acompañar “como si” fuera lo indispensable para el mantenimiento de las gratificaciones de ese acompañado, - “como si fuera, por lo menos por cierto tiempo, la fuente de mantenimiento del principio del placer.

La evolución de las conceptualizaciones en psicoanálisis, en especial de una organización en restitución psicótica de modalidad psicopática (en la cual es necesario el sufrimiento del otro o el “fracaso inexplicable”) y este otro tipo de organización de personalidad donde la estructuración que se logra con características de firmemente estereotipada, producirá en algunas oportunidades el asombro de que el sujeto no experimente sufrimiento; cuanto más, crisis de violenta rabia oral. Nos hace pensar que esa estructuración se ha incorporado al yo y que, por lo tanto, *se ha hecho egosistónica*. El síntoma podrá seguir siendo un sistema de descarga de tensiones acumuladas, pero el sujeto pareciera no experimentar desequilibrios en su principio de placer-displacer. Forma parte de su carácter, y como hay señales de que junto con toda esta indiferente actitud frente a las vicisitudes de la vida el sujeto no presenta signos de evolución hacia la forma adulta de la especie, ha de ser una

organización psicopatológica egosintónica del carácter y por tanto *una caracteropatía*. En otras palabras, se trata de otra línea de restitución psicótica, *la organización caracteropática de la personalidad*.

Las señales de que nos valemos para diferenciarlos de la forma que evoluciona hacia lo adulto de la especie consisten en que el sujeto a pesar de su aparente bienestar y a veces de innegables —aunque aparentes— logros materiales, *no puede experimentar alegría ni tampoco sufrimiento*. Su tónica afectiva sigue una línea casi inmutable de una “bien llevada depresión”, de una afectividad depresiva que no le inmuta. Esto debe estar en relación con que, si bien sus funciones narcisísticas cumplen con mantener el equilibrio placer-displacer como señal de que las vinculaciones interpersonales obtenidas le prometen y reaseguran la gratificación de su dependencia, las funciones de síntesis, y por lo tanto su creatividad, no van más allá que hasta la posibilidad de la detección del objeto interpersonal adecuado, el logro del acercamiento históricamente gracioso y seductor, el mantenimiento del mismo en una forma perseverantemente obsesiva, celos en relación con las posibilidades de cambios en el objeto interpersonal (aunque sea un mero movimiento) cada vez que el individuo perciba que ya no será gratificado en su dependencia —celos que son los que generalmente desencadenan las violentas crisis de rabia oral—. Es una creatividad que no le proporciona logros en crisis dialécticas de progresión para el verdadero mantenimiento de su identidad de *self*. La percepción de que las funciones narcisísticas mantienen la funcionalidad estructural que llamamos inteligencia pero no la creatividad, conduce a la depresión.

Así como el objeto interpersonal selectivo para la organización psicopática es aquel que muestra exhibicionísticamente su “generosidad” —el bocadito fácil—, en el caso de las caracteropatías el objeto selectivo será otro caracterópata, particularmente el que exhiba con predominio la modalidad fóbica

La personalidad fóbica (a que me referí en una obra anterior como “fobias sistematizadas”) resultaría de un individuo que, para la época de la construcción de su complejo de Edipo, se ingenió mediante vaivenes en el derrotero de sus andanzas entre “madre y padre” y viceversa para demorar la salida desde uno de los objetos primarios hacia el otro, y consiguió, por el mostrarse invadido por la ansiedad de separación, ser acompañado por ese

objeto, en su camino hacia el otro. Creo que esta alegoría es descriptiva.

Emprendida tal terminación del cierre de su complejo de Edipo, el logro lleva a reemplazar esos acompañantes con amuletos, representantes o fetiches de tales objetos para evitar la crisis de ansiedad de separación y su transformación en ansiedad de abandono o pérdida. Que, de permitir la construcción de “derroteros” con un mínimo de alejamiento de cada objeto y con el logro de una particular distancia —que denomino distancia óptima— este trayecto queda inscrito en los elementos mnémicos correspondientes a lo quinestésico —óseo, articular y muscular—, que tal vez sea el único o los únicos que el individuo pueda recorrer (además de la condición de la distancia óptima), para que no emerja la ansiedad señalada. Es posible que esto quede allí y la única afectividad en desarrollo sea aparentemente la ansiedad con todas las demás funciones afectivas subsidiarias de ella; por lo que el arribo al objeto heterosexual es bienvenido, la erotización puede conseguirse con un gratificante monto de placer —aunque siempre listo para emprender el camino de regreso hacia el otro objeto cuando se percibe la posibilidad de un rechazo o abandono—. Esto toma características de ansiedad de castración; comúnmente se ha dicho que la ansiedad en el fóbico es de una estructura paranoide que correspondería a una ansiedad de castración no resuelta. Pienso que la ansiedad de castración siempre es resuelta o de lo contrario esto llevará al individuo a más primitivas organizaciones tales como se presentan en la organización ciclotímica y cualquier otra restitución psicótica.

Como se puede inferir fácilmente hay una diferencia entre la caracteropatía “borderline” y la fóbica. En ambas es evidente que el *objetivo central es la gratificación de la dependencia* y que las funciones de síntesis y de creatividad están prácticamente puestas al servicio de las funciones narcisísticas y, por lo tanto, aun cuando el sujeto exhiba logros materiales que parecieran señalarle como en pleno desarrollo hacia la forma adulta de la especie, el umbral de frustración es bajo. En el “borderline” cualquier alejamiento distante despertará los celos y luego la rabia oral; en el fóbico despertará una intensa ansiedad de separación y abandono y huirá en búsqueda de su amuleto o fetiche, que es animizado para erigirlo en fiel sirviente para la conservación de la identidad de *self*.

Pero puestos ambos en vinculación interpersonal, las representaciones mentales que cada uno construya desde esa vinculación se transforman en

perfectamente complementadas: el “borderline” funcionará “como si” fuera un adulto adecuadamente genitalizado y, por lo tanto, con una agresividad controlada por el “raciocinio y la creatividad”. El fóbico por lo tanto podrá desempeñar sus funciones genitales y glorificará a su “borderline” acompañante que le permite tal gratificación en el área del principio de la placa genital. Pero es que el alerta del fóbico —relacionada con la posible emergencia de agresividad destructiva porque el orgasmo puede levantar las inhibiciones será percibido en el proceso primario del “borderline” y cualquier incremento de la ansiedad de separación será vivido por el “borderline” como que emerge la necesidad de su migración hacia otro objeto interpersonal. Previa la emergencia de agudos celos y de violencia simplemente girará el eje de la percepción de sus sentidos y emprenderá el camino hacia el encuentro del nuevo fóbico seleccionado.

Ambos, por lo tanto, tienen la misma carga afectiva que un ciclotímico relacionada con lo que significa la ansiedad de separación y pérdida, con las funciones narcisísticas instrumentando la libido para una permanente realimentación intrapersonal en espera de una posible y adecuada trascendencia en términos de las necesidades caracteropáticas. La tendencia al autorreproche emerge como señal de fracaso de las funciones narcisísticas — que le enfrentan con la ilusión del perfeccionismo—, y el “escape” de la destructividad, por sus características criminales, será revertido sobre las imagos del propio *self* para que sean neutralizadas por las funciones narcisísticas.

Así como las psicosis clínicas de la organización ciclotímica se caracterizan por el gran despeño afectivo y son, por tanto *psicosis afectivas*, a diferencia de las esquizofrenias que son *psicosis ideativas*, esos despeños afectivos son también la característica de las crisis confusionales del “borderline”, expresadas en la violencia, y del fóbico, expresadas por las crisis de despersonalización o extrañamiento y la necesidad del alerta contra un exceso de inhibición que le dejaría en parálisis.

En relación con el párrafo anterior, un melancólico nos mostrará esa imagen absurda y grotesca de sí mismo, lo cual incrementa su odio; un “borderline” una imagen “perfecta” dañada por algo ajeno a sí mismo; un fóbico pareciera no tener imagen de *self*.

Las caracteropatías “borderline” y fóbicas son muy primitivas en cuanto a la

ubicación dentro del desarrollo evolutivo de la libido y del yo. En cambio el mismo fenómeno de incorporación al yo con ubicación en una consolidación más lograda en cuanto a lo libidinal y destructivo que afectiviza el complejo de Edipo, permite que la dependencia no se refiera a la tolerancia al compás de espera que tengan los objetos interpersonales, sino que el funcionamiento de la represión se ha puesto en marcha y puede aplacar las brusquedades de la libido como que la represión está específicamente relacionada con la funcionalidad de la libido. Diríamos que en estas condiciones todo el yo corporal del sujeto funciona impelido por estas características y las motivaciones correspondientes a las necesidades de acercamiento interpersonales son altamente seductoras y convincentes de que cumplirán sus promesas. La represión ha de poner un límite a las posibilidades que el yo tenga para satisfacer genitalmente tales empujes libidinales. Pero como no tiene un efecto igual sobre la agresividad, ésta surgirá en cualquier momento del trámite vincular interpersonal —aunque sea en auxilio de la represión, dando término a una vinculación—, produciendo una intensa frustración en el otro, o motivando al auxiliar de la represión cual es la inhibición. Aparecerán desde simples señales de extrañamiento hasta parálisis o anestias localizadas o generalizadas. El paradigma de la inhibición que invade todo el yo corporal es la catalepsia: se ha agregado la regresión.

Lo que distingue a una caracteropatía histérica de una neurosis histérica es la desesperante indiferencia, la “belle indifférence” que Charcot adjudicara a todos los histéricos. La antinomia seducción-frustración agresiva que representa una caracteropatía histérica subrayada por una inmovible indiferencia no la observamos nunca en una neurosis histérica. En la erotización y agresivización del complejo de Edipo los objetos interpersonales “dan un tiempo de espera” —por las series complementarias convergentes— que llevará al sujeto a que la *represión consiga hacerse por desplazamiento*: también esta dinámica de desplazamiento alcanzará sus beneficios a la agresividad destructiva. Y por lo tanto la “belle indifférence” no presentará en las neurosis, esa desesperante condición de las caracteropatías histéricas y el sujeto aparentará utilizar adecuadamente presentaciones fenoménicas fóbicas para escapar a la genitalización de su libido, “huyendo” del objeto interpersonal seducido en el momento que dejaría de superponerse con las representaciones

mentales edípicas que el individuo posee —retorno brusco de lo reprimido—. La fuga se hace en una forma también seductora, tanto como para que la frustración deje en el otro la esperanza del reencuentro; podemos decir que el desplazamiento de la agresividad destructiva se ha hecho sobre ese elemento abstracto que es la esperanza. Remeda la imagen de lo que fue la primaria construcción del complejo de Edipo logrado.

A pesar de que la construcción caracteropática histérica cuenta con elementos de erotización y agresivización ligadas a los objetos primarios, la gratificación genital ha de permanecer carente de significado y lo que llamamos comúnmente frigidez es el rótulo de tal situación. Puede llamarse eyaculación precoz o impotencia o eyaculación retardada, si se trata de un hombre pero en ambos casos frigidez, impotencia, eyaculación retardada y eyaculación precoz están respondiendo a los términos de la carencia de significado del orgasmo que constituye un “imposible”, la contraesperanza para una caracteropatía histérica. No es lo mismo en la neurosis histérica, donde los desplazamientos permiten, por un artificio técnico dinámico intrapersonal del sujeto, que la transfiguración del *partenaire* sexual genital permita la consecución del orgasmo, si bien con la limitación de que su frecuencia adquiriría el carácter de “depositario” de la persecución por la amenaza del retorno de lo reprimido.

Tornare otra presentación fenoménica en predominancia cual es la que denominamos neurosis obsesiva. Muy frecuentemente y casi podríamos decir que en general, se habla de neurosis obsesiva y nada más. La confusión sin duda parte de que hasta ahora había clasificaciones clínicas que provenían de la psiquiatría, conservadas y “explicadas” por el psicoanálisis. Había neurosis, perversiones y psicosis. Incluía dicha confusión el no saber bien si las perversiones y las neurosis eran el negativo de las psicosis, o a veces, como dice Pichon Riviere en algunos escritos, de si las psicosis eran la única forma que en un momento dado tiene un sujeto para negar la perversión. La psicopatía, como una variable no muy bien ubicada dentro de esa nosografía, incluía ciertos sujetos extraños de los cuales la descripción más cercana estaba en la que hizo Lombroso, Pierre Janet y algunos otros, que los denominaban “locos morales”. De aquí que se pensara que un neurótico tenía “partes psicóticas” y que un psicótico presentaba “partes neuróticas”, donde a veces —en forma

pintoresca— se hacían sentar las posibilidades de “curación” de un sujeto que presentaba una descompensación clínica.

Alguien puede argumentar que esta forma de expresarme es una resultante de mis propias funciones narcisísticas, que me llevan a calificar de pintorescas antiguas descriptivas o denominaciones, Pero si se piensa en el tiempo y esfuerzo que han gastado los observadores en una tentativa de formar un común denominador consistente en instintos, calificados de vida o muerte; o en pechos, calificados como buenos o malos; el punto central y eje de la psicopatología instituido en forma monumental dentro del concepto de “envidia”; preocuparse en ordenar todos sus conocimientos parciales y agruparlos para hacer una tentativa como la que presento de seguir al sujeto en su desarrollo evolutivo, considerándolo siempre como una resultante dialéctica y así procurar traducir las observaciones clínicas en conceptualizaciones simplemente descriptivas —pero que pueden conducir a un significado— como apertura hacia un entendimiento dialéctico del proceso natural y del antiproceto antinatural —valga la cacofonía—, puede perdonárseme este aspecto de expresiones que pueden parecer ironizantes.

Por ejemplo, lo que presento acerca de la caracteropatía es una estructura de la personalidad en donde lo que se perturba es el desarrollo natural y que entra dentro del rubro de lo psicopatológico con una conformación derivada de desviaciones que se produjeron en algún momento de la encrucijada edípica, y que para proseguir el “camino” que lleva a un sujeto a la forma adulta de la especie con las cualidades que enumeré posteriormente, han de haberse producido series complementarias convergentes. Que no frecuentemente se da y por lo tanto, es natural que cada día observemos más y más presentaciones psicopatológicas y complejidades de las mismas. No es que aumentaron los psicópatas ni los esquizofrénicos o que es más difícil llegar a la forma adulta de la especie. Es que estamos en condiciones de poder deslindar las características de cada organización de personalidad y proponer la apertura hacia una nueva línea de investigación.

Expuse las injerencias que, siguiendo el principio del psicoanálisis como ciencia empírica y clínica, se pueden formular acerca de cómo se dio la organización ciclotímica y desde ella, variantes que encuadro dentro de las restituciones.

ciones psicóticas. No voy a ser extenso en mi descriptiva clínica y nuevamente como antes, cuando di los lineamientos de la organización psicopática y de las organizaciones caracteropáticas “borderline”, histérica y fóbica, voy a mostrar las características que permiten agrupar a sujetos dentro de la variable “caracteropatía obsesiva” y su diferenciación con la neurosis obsesiva.

No agrupo estas variables de presentación fenoménica de las caracteropatías como si fueran las cuentas de un collar genético, sino que son variables que emergen de la posibilidad que tuvo el sujeto de “zafarse” de la organización ciclotímica y que en vez de presentar los fenómenos clínicos de una melancolía/manía se organizó como para presentar fenómenos clínicos que reemplazaran a aquella en la cotidianeidad de la vida y así, hará descompensaciones que eludan la clínica de lo melancólico/maníaco. Emergen, diríamos, para similar época, luego de superados los momentos de erotización y agresivización edípicos y el estereotipo melancólico; son distintas avenidas desde aquella encrucijada que, superando la imposibilidad de deserotizar y desagresivizar sigue el individuo en su afán de recuperar el camino hacia la forma adulta de la especie.

Construyamos la imagen de un individuo que no tuvo necesidad de producir identificaciones de tipo mimético —incorporadas al yo y fundamentando la motivación de las funciones— ni que se ubicó en una posición de construir trayectos que van desde mamá y sus identificaciones hacia papá (con todos los intentos correspondientes al ensayo y error hasta obtener la bienvenida) y desde esa vinculación positiva con papá volver a mamá portador de identificaciones que le hagan predecir la bienvenida a su intento de establecer un tipo de vinculación panicular con la madre. Que, encontrando dificultades proporcionadas por sedes complementadas divergentes ocasionales, no se especializó en conservar ciertas identificaciones como amuletos o en construir desviaciones de tal “trayecto” —que constituyen el fundamento de los trayectos contrafóbicos—, sino que se trata de un sujeto que enfrenta otras suertes de vicisitudes.

Las series complementarias convergentes hasta ese momento para producir el desarrollo evolutivo positivo se perturban y en cierto monto se vuelven divergentes, tanto como para que tal “trayecto” se vea dificultado, como en las situaciones anteriores. En esta oportunidad el individuo aprovecha el compás de espera —el elemento tiempo— que le proporcionan, como un *feed-back*; y

los objetos interpersonales (particularmente los objetos primarios) para detenerse en ese trayecto y “considerar” las alternativas que pueden darse con las posibilidades de afianzarse en la marcha. Las de volver hacia el objeto de donde partió de modificar ciertas actividades de la marcha y proseguir el camino, o la de proseguir sea como fuere, el camino para alcanzar el “objeto buscado” y de, si éste no produce la bienvenida, volver a repetir el ensayo y error tantas veces como sea necesario, con tantas vacilaciones e inseguridades como se presenten, hasta que obtenga un amuleto superior al conseguido por los individuos dentro de la organización fóbica.

Ese amuleto o fetiche sería la “*posibilidad de utilizar*” el *cuántum de erotización y agresivización como el constituyente de una compleja motivación que transformaría la inseguridad en una apreciación intrapsíquica de haber hecho “bien o mal” la tarea propuesta*. El fetiche no es más un objeto localizable por las funciones sensoriales, sino que es localizado y categorizado por la percepción intrapsíquica de la emergencia de ansiedad o de ausencia de la misma.

En ese ir y venir, aparentemente apragmático, los contactos han sido alternativos con los objetos madre o padre, la selectividad de las identificaciones fue transformándolos por su monto en un rudimento de la posterior construcción superyó, que así resulta desde el comienzo un total hendido por la apreciación parcial y alternativa de las identificaciones con el objeto madre o el objeto padre. Esto daría lugar a que *lo mnémico funcionase como represión*; lo *judicativo*, correspondiente al principio de realidad (conformado por la adscripción valorativa de afectos); la *introyección*, transformando vorazmente las sensorialidades en objetos psicológicos intrapsíquicos en mayor relación con esa instancia en crecimiento que con las necesidades de las funciones narcisísticas: la *proyección*, funcionando sobre un modelo somático correspondiente a la socialización de los esfínteres; la *inhibición*, parcializándose para motivar los fenómenos regresivos en combinación con la función mnémica y las necesidades narcisísticas incrementadas gradual y progresivamente en cuanto a la erotización de los objetos interpersonales y sus representaciones mentales.

Una de las series complementarias que favorecen la conformación de

actitudes tendientes a gratificar la dependencia dada la solicitud de los objetos interpersonales, es la tolerancia hacia la modulada hiperquinesia que aparenta un deambular apragmático, se adapta pasivamente al ambiente de “orden, paz y moral” que rige el conjunto familiar. Ese deambular produce la gratificación de cambiar el ordenamiento de las situaciones de campo, que es monótono e inductor de la regresión onírica (aburrimiento, tedio) y de un tipo de expresión que procura su salida a través de una eclosión violenta. El niño entonces, muestra dicha adaptación pasiva al medio mientras recibe las señales de protección para sus necesidades narcisísticas. Esto incluye la erotización de sí mismo, del propio *self*, tanto en las representaciones mentales como en el cuerpo.

Así en la construcción del complejo de Edipo intervendrá una variable puesta en diversos lugares del trayecto de “mamá a papá y viceversa”, que será el propio *self*. Cuando finalmente sobrevenga la erotización y agresivización correspondiente a las construcciones afectivas del complejo de Edipo, y las funciones de represión e inhibición comiencen su tarea de producir el final del complejo, dos componentes no presentes en los principios de otras organizaciones de personalidad serán obvios. La acción de la *instancia superyó*, que debía ser el heredero de tal final es solamente un acompañante que se enfrentaron insólitamente desde antes de su real instalación con tales erotizaciones del propio *self*, para que el triángulo no resulte un cuadrilátero, Esto marca lo ya expuesto: el favorecimiento de las regresiones tan marcadas en las personalidades obsesivas. Finalmente acaece la resolución del complejo de Edipo con más fuerza como retomo de lo reprimido y la erotización del propio *self* ya no tiene (por su escasa trascendencia hacia el mundo interpersonal) el valor motivacional para la creatividad que tiene el complejo de Edipo.

Con el andar del tiempo, y si las gratificaciones de la dependencia fueron cuidadas como objetivo central, la abstracción, guía del desarrollo evolutivo (esa erotización del *self*-masturbación) tomará características compulsivas con el objetivo de anticiparse al retomo de lo reprimido, es decir del complejo de Edipo resuelto. Ello favorecerá la creatividad y las funciones anexas produciendo el compás de espera indispensable para que los objetos interpersonales (en vez de realimentar la creatividad con oportunas frustraciones) ejecuten con solicitud —con su correspondiente monto de ansiedad— las acciones que se espera sean llevadas a cabo por el obsesivo.

Al transcurrir el tiempo esto producirá dificultades crecientes en las vinculaciones interpersonales. Un caracterópata obsesivo parecería instrumentar particularmente la indiferencia histérica transformándola en una pasiva aceptación de la culpabilidad, mostrando que a pesar de haber comprendido perfectamente las consignas encomendadas, múltiples obstáculos provenientes del mundo extrapersonal, se confabularon para producir la demora. También pasivamente, acepta reprimendas o puniciones que se le otorguen para su expiación, conducta interpersonal que es erotizada para contrabalancear la intensa perturbación intrapersonal proveniente de una acción caótica de los impulsos agresivos y que tienden a producir la rebelión y el contraataque. Controlados por la erotización de los mismos, al par que revirtiendo la posición, la agresividad destructiva aplaca los intentos insurgentes de la libido que emergen para producir la sobre-erotización de los objetos interpersonales, haciéndoles perder su carácter de persecutorios. En medio de esto, *la masturbación pone su sello particular a la conducta íntima del obsesivo*. La mansedumbre que el sujeto presenta al acatamiento del castigo, el reconocimiento de su culpa y las promesas de una eficacia ulterior, son las resultantes de la erotización de la agresividad y fundamento de la formación reactiva. La experiencia queda ubicada en un “lugar” de la función mnémica que es al mismo tiempo receptáculo de corrientes de erotización. Toda experiencia queda *separada, aislada* del próximo devenir del sujeto. Si en algún momento tal erotización de una o múltiples experiencias de ese tipo es intensa, éstas se reactivan inoportunamente. La función mnémica y la regresión “procuran” entonces el hallazgo de experiencias previas de igual tipo de aislamiento, sin identidad de contradicción y que no conformen un par dialéctico; la erotización surgirá inmediatamente de la anterior y *producirá la anulación de la misma*.

La variable en las series complementarias que puede llevar a que un sujeto, emergiendo de una construcción caracteropática, pudiera tomar la vía colateral hacia una neurosis —con la meta de lograr un balance entre la autonomía y la dependencia— producirá una organización de personalidad *sin la fijeza desesperantemente estereotipada del caracterópata*. Las acciones intrapsíquicas se tornan egodistónicas y reactivan el balance “funciones narsisísticas - función sintética”. El sufrimiento del sujeto será marcado en situación de cambio y muchos duelos serán abandonados antes de poder llevarse a

cabo. A pesar de que una neurosis obsesiva ubica a veces tenazmente al sujeto en posiciones de logro y que ese individuo aparenta ser el tenaz y luchador que “con la carga de sufrimiento y contrariedades” se rebusca luego de cada caída, dicho sujeto difiere mucho del de la forma adulta de la especie.

Cualquiera de las organizaciones descriptivas se diferencian de la compaginación obsesiva de conducta que adopta y presenta un sujeto en los intervalos entre la derrota narcisística melancólica y su salida a través del triunfo hiperproductivo maníaco. Por lo mismo que en ese caso el objetivo de la estructuración intrapsíquica no es directamente el logro de la gratificación de la dependencia —cual un animal doméstico—, no es tampoco la superación de las situaciones de cambio por medio del sufrimiento y de la tenacidad. El objetivo de la conformación obsesiva intermedia es el de mantener el status quo de las cosas para que intrapsíquicamente se consiga tranquilidad y la seguridad de que no se reeditará el despeño melancólico.

LA CARACTEROPATÍA PERVERSA

He dejado para un párrafo especial la proposición de mi concepto sobre esta organización de personalidad ya que tiene peculiaridades que la hacen fenoménicamente distinta de las otras caracteropatías. Ha habido siempre una especie de inseguridad entre los investigadores en cuanto a esclarecer como es que se da la “perversión” y qué es lo que significa, si una defensa contra la psicosis o lo que provoca el desencadenamiento de una psicosis.

Esta dificultad de ubicación entre lo causal y lo determinado marca, en una especie de reverso, la ambigüedad que es la esencia de la organización perversa. Esta última, como anverso, es a su vez la reversión de una situación subyacente que no tiene nada de ambiguo y por el contrario tiene estructuradas pautas definidas de la organización de las funciones del yo. Si los estímulos impactan abrupta y sorpresivamente o son percibidos como provenientes de una pluralidad de fuentes, en uno u otro caso, amenazan transformar la ansiedad señal en ansiedad confusional (como puerta de entrada hacia la hipocondría) o, progresivamente, en la situación confusional, con pérdida de la identidad de *self*. Movilizan de inmediato a esta altura de la secuencia regresiva una determinada combinación de las funciones narcisísticas y de síntesis de tal manera que todas las otras entren al servicio de una particular negación —

conciente por lo tanto— de la amenaza de la pérdida de identidad (punto clave de la perturbación vincular) y produzcan, como primer paso de la organización defensiva perversa, *la transformación de las propias funciones afectivas* en un particular objeto intrapsíquico.

La conjunción de los impulsos instintivos, metafóricamente dicho, con los componentes anti-instintivos, ubicados en la instancia superyó —que tienen una particular estructuración, mencionada al hablar de la organización ciclo-tímica—, parecerían conformar una alianza ante la cual el yo permanece “histéricamente” indiferente. Las funciones narcisísticas producirán *una vinculación con afectos* y, de esta forma, la coalición que señalo reforzará esa dinámica intrasistémica. Dicho de otra manera, reforzará el ligamen de ciertos afectos con *otros* afectos produciendo lo que denomino la *erotización de los afectos*.

Esta hipótesis de la erotización de los afectos fue de alguna manera formulada por Kohut en 1971, quien sostiene que los puntos de origen de las perturbaciones perversas están en ciertas perturbaciones circunscritas y específicas dentro de la esfera narcisística. Como el narcisismo también se rige por las leyes del desarrollo evolutivo yendo de la actividad autoerótica hasta el estadio de *self-coheso* (coherente), lo narcisístico se concentra en dos formas básicas, cuales son *el self grandioso* y *la imagen parental idealizada*, desde donde emerge la conducta perversa en términos de una sexualización de constelaciones narcisísticas patológicas. Dicho de otra manera, las actividades perversas intentan proveer sustitutos para la ausencia de *un self objetal narcisísticamente catectizado*. O sea, que las actividades perversas tienen una función vicariante, ya que si la imagen del *self* llega a ser sentida como que se pierde permanentemente, el sujeto recurrirá a la regresión; lo cual da lugar a severas descompensaciones. De todos modos las actividades sexuales perversas se entroncan con la corriente de regresión.

Tanto Kohut como los otros autores remarcan que en todo desarrollo evolutivo, y algunas veces en el funcionamiento del adulto, hay otra persona que sirve como estructura psíquica.

El grado de “defectos” que se hallen presentes en la estructuración final del *self*, determinará el monto y frecuencia con que un individuo puede utilizar a otro como partes de sí mismo, “objetos narcisísticos” o estructuras supletorias en el sentido de que un atributo funcional es asignado al otro.

Kohut dice que tal uso de otros individuos en forma persistente conducirá a la creación de fijaciones que son el reverso de lo que es sentido profundamente como las partes de sí mismo de que el sujeto carece. Esto está relación con el hecho de que *personajes significantes no estuvieran presentes y disponibles* para el equilibrio de las necesidades emocionales y que en estas condiciones no queda un saldo de una instrumentación que, al encontrar un objeto vicariante, persista como maniobra psíquica útil para el resto de la vida. Por el contrario lo que queda es simplemente una huella mnémica estática, no vinculada a ningún proceso dinámico, y por lo tanto representando la huella mnémica de un déficit que a lo largo del desarrollo evolutivo posterior y en general a lo largo de la vida, será sentida como un déficit que atenta contra la estabilidad narcisística del sujeto. Si bien esto no es la causa de la perversión, es en cambio una especie de lenguaje a través del cual un individuo expresa tal déficit.

Podemos ver que el punto clave de una organización perversa está relacionado con la dependencia que el sujeto tiene con respecto a otros individuos que le sirven de “estructura psíquica; en otras palabras de fuentes de suministro de una gratificación de tal dependencia. que han de ser regulada; puntillosamente por el principio de placer-displacer en cuanto a la eficacia gratificante.

Lo cual me permite incluir las conductas perversas dentro de las caracteropatías de acuerdo con mi punto de vista de que en estas organizaciones lo fundamental es la orientación de las funciones del yo hacia la búsqueda del objeto que da señales de promesas de una gratificación de la dependencia. En este caso, significa una necesidad con características de urgente ya que corresponde a un déficit muy sentido dentro de la organización del *self*. Que denota por otra parte gran relación con el déficit que significa la fijación dentro del esquema maníaco depresivo, aunque no produciendo una imagen grotesca o absurda del objeto *self*, sino la de una *imagen mutilada que exagera la represión libidinal en cuanto la catexia de dicha imagen ha de exagerar el sentimiento de carencia*. Esta imagen es simplemente negada o repudiada —o renegada, pero tiene acceso a la conciencia mediante una bien construida racionalización.

Estas racionalizaciones son remiendos sobre las grietas que presenta la

construcción del sentido de realidad que a pesar del repudio que afecta a la imagen mutilada del *self*, se mantiene, por una particular erotización de las funciones narcisísticas que prestan apoyo a la función sintética y a otras, contribuyentes a que tal sentido de realidad permanezca presente o conciente, con la detección y discriminación de los objetos interpersonales para la búsqueda de una vinculación que permita una conducta activa para recrear una situación. Que, si bien empalma con las huellas mnémicas de otra que fue experimentada en relación con la carencia y ausencia de objetos vicarios gratificantes y de sostén, por la erotización de dicha situación de campo — “creada” por el sujeto, “inventada” por él mismo—, puede ser tolerada y aun manejada o conducida dentro de esa modalidad de particular erotización.

Las caracteropatías perversas tienen rasgos que les asemejan a la organización psicopática. Pero no está presente el sentimiento reivindicatorio que llevará a que la utilización de los otros como objetos vicariantes o intermedarios tenga por finalidad el defraudar o producir el sufrimiento.* No presentando por lo tanto esos objetos la meta de una búsqueda para una función vicariante o de reemplazo de las pérdidas de gratificaciones. Por el contrario los objetos interpersonales, luego de buscados, son agrupados de forma que constituyan una situación de campo fácilmente erotizable (no con el fin de producir fraude o sufrimiento), para instituirlos en fuente de una pretendida recuperación de los instantes de vida perdidos durante episodios confusionales evolutivos.*

Acá es ciertamente difícil llegar a formular una hipótesis de por qué en la organización psicopática esos instantes de vida perdidos producen el sentimiento de haber sido despojados o robados y la recuperación de esos defectos vividos como residuales en el *self* no lleva ni siquiera el sentido de un remiendo para las grietas sino el sentimiento de una venganza taliónica. En la organización perversa es en cambio evidente la fantasía de la recuperación para intentar cubrir definitivamente esas grietas del *self*. Aunque el intento deja como saldo solamente el no logro y la necesidad de la repetición o perpetuación de la manera perversa.

En esos instantes de psicosis confusionales evolutivas, instantes de vida perdidos en cuanto a lo complejo de la estructuración dialéctica del *self*, lo central ha de ser que no se producen sentimientos de relaciones objetales que

* Reactivar la ansiedad de castración en ellos.

* Castración primaria

funcionen como estructuras psíquicas de apoyo y gratificación —castración primaria previa al incesto y crimen—, y al no producirse tal retroalimentación desde lo interpersonal que certifique el logro de la función introyectiva para la readaptación activa durante las situaciones de cambio —al proveer de objetos psicológicos para el adecuado desempeño de la función sintética—, la síntesis devengará frustración ya que no se conformarán constelaciones operativas en los niveles oníricos o preconcientes del funcionamiento mental.

Pero, nuevamente, es difícil concebir una imagen transportable a hipótesis de por qué en un caso la restitución psicótica va hacia la organización psicopática y en otro caso hacia la organización caracteropática para estructurarse finalmente en una modalidad perversa. Cabe pensar que el problema debe referirse al desempeño que tendrán los objetos interpersonales como fuentes de retro-alimentación a la salida de los episodios confusionales

Voy a recordar dos formulaciones presentadas por Freud; una de 1905. Hizo notar que el neurótico sufre a causa de que no podía permitirse la expresión de los impulsos perversos mientras que el perverso se los permite y por lo tanto evita la neurosis. Definió la perversión como actividades sexuales que se extienden en un sentido anatómico más allá de las regiones del cuerpo que han sido designadas para la unión sexual o que *se apoyan sobre relaciones objetales intermedias para llegar al objeto sexual* (fantasía de extensión del propio cuerpo).

En el estudio del historial de Schreber nos dice que las personas que no se libraron completamente de su estadio de narcisismo y que tienen un punto de fijación que puede operar como una disposición para episodios posteriores, están expuestas a los peligros de que intensos flujos no habituales de libido no encuentren otra salida que la *sexualización de sus instintos sociales* y por lo tanto anulen las sublimaciones que han logrado en el curso de su desarrollo. Este resultado emerge ante cualquier circunstancia en que la libido sea impulsada a una regresión; mientras que por otro lado la *libido reaparece colateralmente reforzada*, debido a una situación mal referida, por ejemplo, a un disgusto con una mujer; o por el contrario, es intensamente reprimida debido a un incidente infortunado en las relaciones sociales con otros hombres. Ambos son modelos de frustración. O también cuando hay una intensificación general de la libido sin que haya frustraciones, lo cual es por ende suficientemente

poderoso como para encontrar una salida a lo largo de canales —que ya están abiertos para la salida— y consecuentemente irrumpe a través de la que puede ser considerada más débil. Tomando como base la observación de que los paranoicos se conducen en el sentido de protegerse contra cualquier sexualización de sus instintos sociales, podemos suponer que el punto más débil en su evolución debe ser buscado entre los estadios de autoerotismo, narcisismo y homosexualidad, y por lo tanto que la disposición a la enfermedad debe ser localizada en tales regiones.

Esto nos aportaría luz en el intento de formular una hipótesis acerca de qué estaba ocurriendo en el sujeto con respecto a sus estadios evolutivos cuando se produjo la estructuración en carencia y privación o carencia y mutilación —castración primaria—, y que, tanto en la organización psicopática como en la caracteropatía perversa, debe de haber sucedido como de los primerísimos episodios de los primeros tiempos de la organización combinada de las funciones narcisísticas, introyectivas, sintéticas y proyectivas, principalmente.

Esto conduciría a una síntesis en frustración dado que no se habían producido aún conformaciones objetales operativas, efectivizadas adecuadamente, en los niveles oníricos o preconscientes de funcionalidad. Las carencias con sentido de privación con mutilación darían modelos para las sucesivas conformaciones de salidas de los episodios confusionales posteriores, a menos que la situación relacional interpersonal se hubiera modificado en tal forma que la retroalimentación se produjera con un sentido de reconstrucción de las grietas ocurridas anteriormente. Este cambio desde lo intrapersonal habrá de ser sostenido en tal forma que no reaparezca la tendencia a reproducir los modelos de privación con mutilación, y *que todo el conflicto dinámico* se centre alrededor de esta conformación objetal onírica o preconsciente. Cabe pensar que si la situación se produjo tan tempranamente, la reorganización del ambiente social inmediata no hubo de ser tal como para que la retroalimentación positiva de tales estructuras en grietas dejara de producirse y reproducirse. Por lo tanto, podemos expresarnos en el sentido de que la estructuración psicopática y la perversa son dos destinos que pesan desde muy temprano sobre la futura construcción del complejo de Edipo y las formas de represión con que el sujeto emergerá del mismo; pero no lo suficientemente devastadoras como para frustrar la construcción del complejo dando una esquizofrenia.

Esto da la idea de que lo social es algo que cuenta permanentemente con respecto al desempeño de la organización psicopática o de la organización perversa. Puede objetarse que en ciertas perversiones tales como el bestialismo, el fetichismo, ciertas formas de exhibicionismo o el voyeurismo, y en especial en la masturbación compulsiva, lo social pareciera no contar. En esta última, por ejemplo, el sujeto realiza sus masturbaciones rodeado de rituales y ceremoniales de forma que hacen casi imposible la “presencia” de un objeto interpersonal en forma de aparición inesperada. Sin embargo, tal como ocurre con el “fracaso inexplicable” de la organización psicopática, en la masturbación compulsiva el conjuro de rituales y ceremoniales con que el sujeto previene la irrupción o violación de su enclaustramiento protector, debe responder también al modelo de las grietas mutilantes de la imagen de su *self*, en el sentido de que la ansiedad señal se traduce en un alerta tenso durante el acto de la masturbación, como de que a pesar de todas las precauciones tomadas “alguien” está espiando sus actos o aparecerá bruscamente con las actitudes que corresponderían a las que facilitan el desencadenamiento de la crisis melancólica (burla, sarcasmo, etcétera).

Aun en determinados comportamientos en que parecería inexcusable la conformación combinada de lo perverso con lo psicopático, tales como en el bestialismo, el crimen lústico, el crimen pasional, la necrofilia, la necrofagia, la accidentofilia compulsiva, etcétera —que también parecería producirse sin la intervención de los instintos sociales—, es evidente que él o los *partenaires* pueden ser ignorados como objetos interpersonales. Éstos se representan en los componentes del comportamiento; o, como en la accidentofilia no parecería que hubiera una construcción previa, es innegable que para el desenlace es imprescindible la presencia del otro o de los otros.

Alegóricamente, como final de esta exposición, en la construcción sobreerotizada del complejo de Edipo se produce el “pegoteo” del sujeto con los objetos interpersonales y de éstos con ellos mismos y el sujeto, lo que da una particular característica de insuficiente a la amenaza de castración impuesta por el padre,

Estos compactos familiares de construcción aglutinada dan poca fuerza motivacional a los deseos de diferenciación y autonomía. Por lo tanto, las fantasías de incesto ocurren continuamente y no sólo en los contactos sino que toman las fantasías de aproximación. El objeto de amor *ha de contener im-*

plícitamente el objeto libidinal anaclítico. La pérdida del primero no significa gran frustración para el sujeto, pero las imágenes anaclíticas son incorporadas al yo para facilitar la represión. “La sombra del objeto cae sobre el yo cuanto más se logre dicha asimilación del objeto anaclítico al yo —de tipo histérico— y se hace más inminente la caracterización del incesto. La “blandura” de la amenaza de castración da lugar a la no aceptación de la misma por parte del sujeto ya que no le previene del incesto. Sólo el suicidio ha de prevenirlo como última medida. En el reverso maniaco, la hiperquinesia y la hiperproductividad son exponentes de la rebeldía y desafío a una amenaza de castración que no se cumple —ni ha de cumplirse por supuesto—.

El acto de Edipo de cegarse no sólo es el exponente representativo (no simbolización) de una castración que no impidió el incesto, sino que es la maniobra para facilitar la operancia de la represión sobre el retorno de lo reprimido: “ojos que no ven, corazón que no siente”.

Las frustraciones carenciales de la psicopatía y de la perversión, previas a la combinación “identificaciones- erotizaciones del triángulo - incesto, amenaza de castración”, deben estar referidas a percepciones de carencias con respecto a la vinculación “madre anaclítica” de la simbiosis primaria niño. En la psicopatía, la carencia que deja el déficit ha de corresponder a situaciones de peligro en que la unión de la madre y el padre se hace obvia al responder unidos ante situaciones de peligro desde lo interpersonal. Esto produce el descuido o abandono del niño, que sin embargo no es rechazado sino de alguna manera “amado”. En la perversión, la falencia en la organización del yo estará dada por una situación similar pero donde la pareja parental no afronta situaciones de peligro extrafamiliares, sino que la erotización genital de la madre ocurre tempranamente, en los primeros días del puerperio. Esto “distrae” a dicha madre en su tarea de proporcionar el apoyo psíquico como objeto anaclítico. El arrobamiento de la comunión simbiótica entre madre e hijo en los primeros días del puerperio, *sufre grietas por esa derivación genital temprana*.

También acá el arrobamiento se agrieta y produce lo correspondiente—en espejo— en la construcción de la organización de funciones del yo. Habría un superávit de 1a función sintética para recuperar a la madre de la simbiosis que, al aventajar a las funciones narcisísticas —las que producen el desconocimiento de la madre como objeto en los primeros días del nacimiento, correspondiendo a la época del narcisismo primario o período anobjetal, según

Freud— acelera o anticipa el proceso de diferenciación e individuación. El psicópata se siente robado y la contextura de su reivindicación sería algo así como que “los otros son y serán los castrados, yo soy el castrador”. En cambio, en el perverso, que no ha vivido la ruptura del arrobamiento como robo, sino que la carencia se produjo en un ambiente con superávit libidinal, la expresión podría ser: “qué castración? Aquí no hay ningún incesto, simplemente estoy arreglando un déficit.”

LA FORMA ADULTA DE LA ESPECIE

Si las series complementarias convergentes han tenido un superávit sobre las divergentes a lo largo del desarrollo evolutivo, de tal forma que, llegada la época en que la conformación triangular anaclítica —el llamado complejo de Edipo temprano— ha de transformarse en una vinculación afectivizada, complejo de Edipo (dejando de ser una simple fuente interpersonal de estímulos introyectados para conformar los objetos psicológicos intrapersonales o representaciones mentales que darán sentido de ubicación al niño), la dirección tomada por dicho desarrollo ha de conducir a lo descrito clásicamente como mareo de referencia para el estudio de las desviaciones psicopatológicas.

La erotización y agresivización del Edipo anaclítico, al transformarlo en complejo de Edipo introduce una de las crisis vitales donde la sucesión y la variedad de los cambios y de los niveles de funcionalidad significan intensos y continuados trabajos de duelo. Podríamos comparar las vicisitudes de los intensos cambios ocurridos para la época del nacimiento —que toman relativamente un corto lapso, dadas las pocas alternativas entre vida y muerte— y las que acabo de mencionar para la época de la conformación afectiva y represión final del complejo de Edipo, calculada entre los dos y tres años, con lo que ocurre en la adolescencia.

La adolescencia es el largo período que ha de tomarse un sujeto para la organización y reorganización de su identidad de *self* luego de la emergencia del efecto de las gonadas. Todo lo aprendido en cuanto a la manera de conciliar la erotización y agresivización de las vinculaciones interpersonales y sus representaciones mentales parece desbaratarse tormentosamente con la emergencia de las gonadas.

Hemos convenido en llamar período de moratoria al que toma un sujeto entre sus 15 y 25 ó 30 años para elaborar tamaña tarea de organización que se complica con las necesidades crecientes de las responsabilidades sociales y con el advenimiento del problema de la exogamia.

Estos tres grandes momentos de crisis vitales que comparo se han sorteado con diferentes deformaciones en la organización de personalidad de acuerdo con la acción de esas series complementarias. En el caso más o menos ideal de que el *surplus* convergente se mantenga para formar la epistemología convergente en cuanto a la historia del sujeto, luego de la entrada en la cuarta década de vida el sujeto se nos presenta con una definida organización de personalidad —salvo que ya se hubiera definido la organización esquizofrénica—.

Desde la cuarta década en adelante le queda al individuo el grave compromiso (consigo mismo y con sus mundos interpersonales) *de mantener su sentido de identidad de self en términos de forma adulta de la especie*. En ésta tendríamos primariamente resuelto el problema dependencia-autonomía, con la advertencia de que autonomía no significa esa fantasía de autosustento, de prescindencia total del mundo, como la presenta el esquizofrénico.

El sello central de la forma adulta de la especie lo da el sentimiento de identidad de *self* y su mantenimiento luego de las desorganizaciones naturales dentro de las situaciones de cambio que acontezcan. Cada situación de campo supondrá la adecuación de su conducta con la presentación fenoménica que le significa enfrentar los cambios sin la dependencia ineludible de rituales, ceremoniales, o de introducir objetos interpersonales como directrices para controlar episodios de regresión. La presentación fenoménica corresponde a cualquiera de las ya mencionadas para las otras personalidades. Un adulto utiliza presentaciones histéricas, fóbicas, obsesivas, compulsivas y a veces, una estabilización ideativa cuando es necesaria la supresión de respuestas afectivas como posición para la retoma de la reorganización de sus funciones.

Recordamos aquello de que el monto de experiencias previas, la “calle” que tuvo un sujeto a lo largo de su historia, es de real importancia para que la función anémica, la inhibición, la regresión y todas las demás funciones anexas puestas en determinados instantes al servicio de las necesidades narcisísticas, logren una pronta contraposición dialéctica, el hallazgo de una identidad de contradicciones que suponga para el individuo el apoyo dentro de si mismo, en

su propia historia, en sus propias identidades anteriores; sin necesitar el recurso de evidentes rituales o ceremoniales, la función sintética cierra el cielo.

También es indispensable que el sujeto haya logrado una organización de funciones, que tenga su punto de vista, ubicado en el tiempo por venir, un futuro que contiene siempre el objetivo o meta hacia la cual se dirige. El presente es una situación para el enfrentamiento y la acción, el pasado es el continente de sus experiencias previas donde encontrará la antítesis para su reorganización.

Esta organización de funciones que pueda mantener tal punto de mira colocado en el futuro, supone una capacidad de predicción que está apoyada en una funcionalidad afectiva que valora las vinculaciones interpersonales y las representaciones mentales como un par dialéctico no contrapuesto, dándole unidad de funcionamiento.

Es algo así como aquello de “no dar por el pito más de lo que el pito vale”. Sin que esto signifique la utilización de disociaciones obsesivas del tipo del aislamiento y anulación de los afectos, sino que le sea posible que una afectivización inadecuada pueda ser corregida prontamente y otro conjunto de afectivizaciones remplace al anterior, no anulándolo sino remplazándolo en términos de adecuación.

Los períodos de desorganización de identidad ante los impactos que la vida presenta inevitablemente, significarán breves lapsos y la continuación inmediata del vivir hacia el futuro sin detenerse más de lo correspondiente en la percepción del principio de placer que esté indicada por la disminución inmediata de la ansiedad. Que si bien es un goce narcisístico, inmediatamente las funciones proyectivas vuelven a llevar el funcionamiento total del sujeto a términos de ambición.

Evidentemente la búsqueda del acercamiento será uno de los exponentes de la conducta. La ansiedad como señal de alerta estará siempre presente pero con gran distancia, en términos de monto, con respecto a lo que son las expresiones del amor, tanto en lo intrapersonal —el accionar permanente de las funciones narcisísticas en términos operativos— como en lo interpersonal. Las variables de lo que significa el afecto amor con relación a la libido persisten en el nivel llamado de “sublimación”, que corresponde a la desexualización y desagresivización con respecto a los afectos que modulen las vinculaciones y así no se perturbará la gratificación de las necesidades básicas del sujeto y no

emergerá el peligro de la destrucción o daño al objeto.

El sentimiento de identidad está utilizado para el ejercicio de técnicas efectivas, para el manejo de los cambios interpersonales, sobre el fundamento de técnicas ya experimentadas o la aceptación sobre las mismas de modificaciones de técnicas nuevas. Esto significa para el individuo no sólo que apreciará los cambios en sus situaciones de campo temporales y podrá solucionar sus duelos, sino que esas técnicas de intercambios han de llevar como objetivo, dentro de lo que es la vista en el futuro, la producción de cambios en sus áreas de operancia. El sujeto no sólo se adecua a sus situaciones de campo sino que trata de producir cambios en dichas áreas de operancia a fin de que la situación de campo también se modifique, siéndole más económico el accionar dentro de ella.

El mantenimiento de la identidad de *self* corresponde en términos de lo intrapersonal al mantenimiento de una imagen gratificante, no absurda, no grotesca, de su propio *self*. La utilización prolongada de elementos pretéritos en contraposición a los presentes es uno de los factores que producen tal imagen grotesca.

Este tipo de funcionalidad, donde el balance narcisismo-síntesis motiva una organización cuyo producto es la creatividad del sujeto (creatividad puesta al servicio de la detección de los objetos, sus posiciones y relaciones) será conducida por el individuo para su propia comodidad de organización y no para producir reivindicaciones como se da en la personalidad psicopática.

La capacidad de predicción junto con la creatividad, la operancia de ésta en el presente, con relación siempre al futuro, la imagen gratificante de sí mismo, la afectivización correspondiente de los vínculos y el pronto hallazgo de experiencias previas en contradicción dialéctica con un enfrentamiento de duelo presente, serán puntales de la conservación del sentimiento de identidad, logro fundamental del vivir. Haber revivido a lo largo de la historia propia, el desarrollo evolutivo, cumpliendo con una ubicación ontogenética sin desperdicio de lo provisto por la filogenia.

En resumen, el individuo ha logrado la capacidad de funcionar simbólicamente *como totalidad simbólica*. Las abstracciones que construye no le hacen perder la visión de lo concreto; es capaz de lograr un manejo de tipo

“matemático o algebraico” de las vicisitudes vinculares que enfrentará.

No significa que este sea un sujeto invulnerable, pues, como dije, enfrentará desorganizaciones severas que pueden llevarle a regresiones más o menos primitivas, que no irán más allá de su final del complejo de Edipo. No significa tampoco que sea un mago que predice el porvenir o augura sucesos estilo horóscopo u oráculo o da vaticinios que correspondan al nivel mágico de funcionamiento es decir al nivel ideativo de integración. Ni tampoco la magia mística de funcionar estereotipado en el nivel afectivo de integración.

Esa metáfora del manejo “matemático u algebraico” que constituye justamente el funcionar con abstracciones, con símbolos, implica la utilización de la predicción para construir un diseño del futuro, integral, que repito, *es la función del sujeto como una totalidad simbólico.*

Así tendrá capacidad de crear conceptualizaciones, verter hipótesis y tesis que estén confrontadas con antítesis, que a su respeten el ordenamiento dialéctico que producirá la síntesis. Serán éstas en logro o en frustración, pero susceptibles de la toma de conocimiento con un mínimo de ansiedad. El sujeto entonces funcionará en una organización sublimatoria de personalidad, predominantemente en el nivel de integración cognitivo-conceptual correspondiente al funcionar de un sujeto capaz de aceptar que hay un “otro mundo” en la continuidad que ha de tener en sus hijos. Que ese es el más allá, la otra vida, y que ha de producir en ellos un tipo de comunicación sin inclinaciones obsesivas que le lleven a procurar un triunfo pigmalionesco. Estas últimas frases corresponden a conceptos vertidos por mí en otra obra de reciente aparición.

“Ninguna cosa se forma sin causa, porque todo ...” Mi homenaje a Enrique Pichon Riviere.

BIBLIOGRAFIA

1. ALTMAN, León L.: *A Case of Narcissistic personality Disorder: the Problem of Treatment.* “The International Journal of Psychoanalysis”, vol. 56, parte 2; 1975.
2. BUSTEN, Ben: *Some Narcissistic personality Types.* “The International Journal of Psychoanalysis”, vol. 54, parte 3; 1973.
3. FREUD, S.: *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905). “S. E.”, t. VII.

4. FREUD, S.: *Notas psicoanalíticas sobre el relato autobiográfico de un caso de paranoia. "Demencia paranoide"*
5. FREUD, S.: *Construcciones en psicoanálisis*. "Obras Completas", t. XXII, ed. Rueda; Buenos Aires, 1956.
6. GRUNBERGER, U *Aproximación al estudio del narcisismo en la sexualidad femenina*. "Revista Uruguaya de Psicoanálisis" (reseña de libros y revistas), t. VI, nº 4; 1964.
7. JONES, EBNEST: *The state Hospital Quarterly*. Nueva York; 1930.
8. KERNBERG, OTTO F.: *Further Contributions to the Treatment of Narcissistic personalities*. "The Intern. Journal of Psychoanalysis", vol. 55, parte 2; 1974.
9. KOHUT, H.: *The Analysis of the Self*. "International Universities Press", Nueva York; 1971.
10. KOHUT, H.: *Formas y transformaciones del narcisismo*. "Rev. Argentina de Psicoanálisis", t. XXVI, nº 2; 1969.
11. LAMPL DE GROOT, J.: *Inhibition and Narcissism (1936). The development of the mind*. "Psychoanalytic Papers on Clinical and Theoretical Problems", cap. 4.
12. PICHON RIVIERE, E.: *La psiquiatría, una nuevo problemática del psicoanálisis en la psicología social*. T. II, ed. Nueva Visión; Buenos Aires, 1977.
13. PICHON RIVIERE, E.: *Una nueva problemática para la psiquiatría*. "Actas psiquiátricas y psicológicas de América Latina", t. XIII; Buenos Aires, 1967.
14. ROLLA. Edgardo H.: *Personalidad fóbica*. (Aportes clínicos). Ediciones Kargieman; Buenos Aires, 1970.
15. ROLLA, Edgardo H.: *Elementos de psicología y psicopatología psicoanalíticas*. Ed. Galana; Buenos Aires, 1972.
16. ROLLA, Edgardo U.: *La fascinación de la muerte*. Ed. Paidós; Buenos Aires, 1973.
17. ROLLA, Edgardo H.: *Familia y personalidad*. Ed. Paidós; Buenos Aires, 1976.

Recibido el 15 de mayo de 1978

EDGARDO H. ROLLA, médico, miembro didáctico de la A.P.A., ejerce además

la docencia en psiquiatría y psicología en la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado un centenar de trabajos y varios libros, entre los que se encuentran: Familia y personalidad; La fascinación de la muerte; Psicoterapia individual y grupal; Elementos de psicología y psicopatología psicoanalítica. Dirección: Av. del Libertador 2698 12^a "C", Buenos Aires.